BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

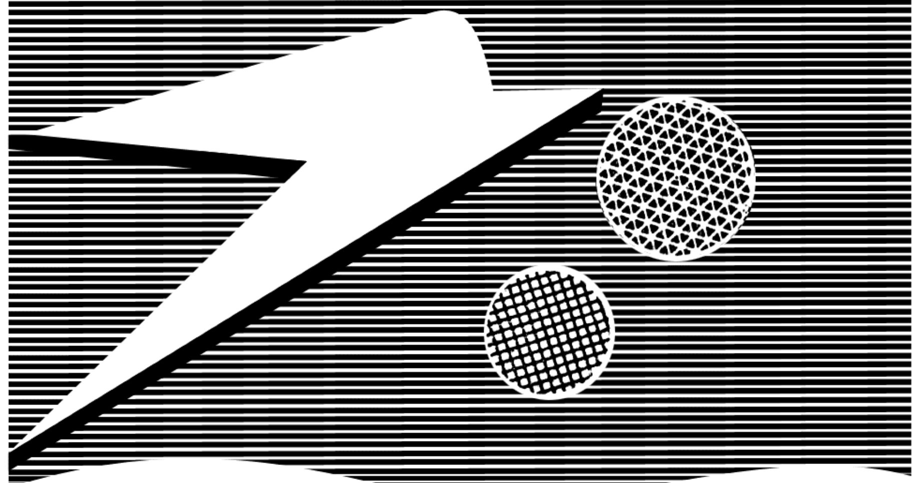
INVENTOR DE PERSONAJES

clark carrados

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

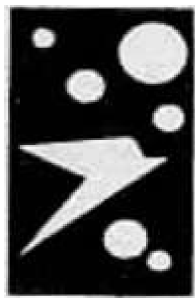
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

186 - El mensaje de los OVNI - *Lucky Marty*
187 - El edén de la vida - *J. Chandley*
188 - Fuego para un planeta - *Glenn Parrish*
189 - Diablo con dedos de vidrio - *Curtis Garland*
190 - La Tierra agoniza - *Lucky Marty*

CLARK CARRADOS

INVENTOR DE PERSONAJES

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 191
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA ■ BOGOTA ■ BUENOS AIRES -
CARACAS • MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 5.835 • 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril 1974

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S.** A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

—Es ése, no cabe duda.

—¿Te has asegurado bien, Duhur?

—Absolutamente, Thiom. Me enteré de su domicilio y estuve aguardando hasta que salió de su casa. Entonces, me pegué a él y le he seguido hasta aquí.

—Me gustaría saber si, además de tus propias pesquisas, has confirmado la identidad del hombre por otros medios.

—El conserje de la casa donde vive. Le di diez «uthos»...

—¿«Uthos»? ¿Has sido capaz de emplear nuestra moneda?

—Bueno, quiero decir que le di el equivalente en moneda del país. Claro, ante una tentación semejante, ¿quién se resiste?

Thiom se llevó las manos a la cabeza.

—¡Diez «uthos»! —clamó—. Pero eso es nada menos que cinco mil dólares, Duhur.

—Bueno, sí, tal vez es una suma algo elevada, pero creo que el objetivo me-rece el gasto, ¿no?

—El Gran Gobernador nos va a despellejar vivos cuando le presentemos la nota de gastos —se estremeció Thiom.

—Cuando le presentemos al hombre a quien nos envió a buscar, se olvidará de todo, créeme —aseguró Duhur—. ¿O es que para el GG valen más diez «uthos» que el sujeto a quien hemos de llevar a Uhlhum?

Randolph Chyver, más comúnmente conocido por Randy, oyó aquella últi-ma palabra y frunció el ceño momentáneamente.

—¿Qué te pasa, Randy? —preguntó, extrañada, la hermosa de turno, estrechamente pegada a Chyver.

—Nada, cariño, no te preocupes —sonrió Chyver—. No es nada de parti-cular.

Pero mientras adormecía con dulces y persuasivas palabras a la hermosa de turno, la palabra Uhlhum martilleaba incesantemente en su cerebro.

Uhlhum... Uhlhum... Uhlhum...

En el reservado contiguo, proseguía la conversación entre Thiom y Duhur:

—Thiom, me asalta una duda —dijo de pronto el segundo.

—¿Sí, Duhur?

—¿Es Randolph Chyver el hombre que necesitamos?

—Por supuesto. La supercomputadora no miente. No sólo designó a un hombre de sus características, sino que, además, dio su nombre y lugar de residencia. Ese es el motivo de que estemos aquí.

—Bien, creo que me has convencido, Thiom. ¿Cuándo nos llevamos a Chyver a Uhlhum?

El aludido oyó ahora claramente la pregunta de Duhur. Tenía ya sus labios en contacto con los de la hermosa de tumo y se disponía a aplicar lo que él lla-maba *«presión X + 10»*, lo que juzgaba irresistible para rendir las fortalezas femeninas, cuando, de pronto, interrumpió y separó su boca de la otra.

—Pero, Randy —dijo ella sorprendida.

—Los chicos están afuera, esperando a que salga Chyver —declaró Thiom.

Chyver puso unas monedas sobre la mesa.

—Dispénsame, Clara, tengo que irme —dijo precipitadamente.

—Oye, ¿acaso te persigue alguien? —preguntó ella, intrigada.

—Sí, mi sastre.

—Randy, como excusa, está ya pasada de moda —dijo la joven, muy fastidiada.

—La verdad, no se me ocurre otra —contestó Chyver, con la mano ya en el picaporte de la puerta del reservado.

Pisando de puntillas, salió al pasillo, bendiciendo la delgadez de los tabi-ques de aquel que ahora consideraba un antro y al que juró no volver más en los días de su vida. No sabía quiénes eran Thiom ni Duhur ni, en realidad, le importaba un pimiento, pero lo que sí quería era evitarse un serio disgusto.

Tampoco tenía la menor idea de los motivos por los que

pretendían llevar-selo a un lugar que, ¡oh coincidencia!, tenía un nombre muy parecido al que él había dado a cierto punto de su invención. Quizá habían empleado el nombre en su honor.

Pero lo que pretendían hacer con él no tenía nada de honorable y estaba dispuesto a evitarlo por todos los medios.

—Quieren secuestrarme —soliloquió, mientras caminaba con paso muy vivo en busca de la salida del local—. Luego, claro está, pedirán un montón de dinero por mi rescate y, uno está bien de fondos, pero no tanto como para va-ciar su cuenta corriente en beneficio de unos desaprensivos que se desmayan sólo de oír la palabra trabajo.

Llegó a la calle. La hora era un tanto avanzada y el tránsito de personas y carruajes era mínimo. Clara Dann, la hermosa de turno, tenía la virtud de la im-puntualidad, aparte de que en el teatro en que trabajaba solía terminar muy tarde.

De pronto, oyó pasos detrás de sí.

Volvió la cabeza. Dos hombres caminaban tras él.

Apretó el paso. Los otros corrieron también.

Uno gritó:

—Por la izquierda, no le dejen escapar.

Dos hombres más surgieron de una bocacalle cercana. Chyver se vio perdido.

—Adiós mis ahorros —dijo lúgubremente.

Tenía unos treinta años y era de mediana estatura y complexión corriente. Solía hacer algo de ejercicio, no porque quisiera adquirir fuerzas de Hércules, sino porque le convenía, dado lo sedentario de su profesión. Jamás se había enzarzado en una pelea, ni siquiera amistosamente, en el campo de deportes de la Universidad donde había estudiado. Además, usaba gafas, ya que sabía que ello le hacía atractivamente anticuado a los ojos de las mujeres. En pleno siglo XXII, eran pocas las personas que usaban tales adminículos ópticos.

Cualquiera de los cuatro hombres, todos más fuertes y robustos que él, podría haberle derrotado fácilmente en una lucha cuerpo a cuerpo. Por tanto, su apresamiento era inevitable.

Chyver quedó solo, en el centro de la calle, mientras los

cuatro sujetos convergían sobre él.

—No se mueva —dijo Thiom.

—Le aseguro que no pretendemos hacerle daño —agregó Duhur.

—¿Les parece poco daño dejar sin fondos mi cuenta corriente? —dijo Chyver malhumoradamente.

—¿Cómo? —se sorprendió Thiom.

—Ha hablado algo de dinero —aclaró Duhur—. Parece como si creyera que quisiéramos robarle.

—Oiga, no pretendemos robarle —aseguró Thiom—. Sólo queremos...

—Peor que peor —atajó Chyver, quien, sin saber por qué, ya se veía difunto y con seis pies de tierra encima.

Los cuatro hombres reanudaron la marcha de nuevo. Chyver se vio perdido.

Pero, súbitamente, la situación cambió.



Un prolongado zumbido, bajo, de tonos casi musicales, se oyó repentinamente. Chyver volvió la cabeza.

Creyó que soñaba.

El aparato que se acercaba raudamente al lugar era algo nuevo para Chyver. Jamás había visto nada semejante.

Parecía un submarino enano que pudiese volar, con una pequeña caseta en la parte superior central del delgado huso metálico, de aguda punta y rematado en la parte posterior por unas extrañas aletas, apenas señaladas en su estructura. Pero cuando estuvo más cerca, pudo ver que no era tan pequeño como había creído en un principio.

La caseta superior, de forma semiesférica y totalmente transparente, estaba iluminada. En su interior se veía una forma humana de largos cabellos negros.

El submarino volador llegó raudamente y se paró sobre los cinco hombres con un silencioso frenazo, que redujo su

velocidad, de varios cientos de kilómetros por hora, a cero, en un instante. Thiom, al verlo, lanzó un agudo grito:

—¡Es Slinia de Tfur!

—Pretende llevarse a Chyver. Hay que impedírselo —añadió Duhur.

Atónito, Chyver vio unas extrañas pistolas en las manos de los cuatro individuos.

—¿Estoy viendo una película de ciencia ficción? —se preguntó.

De pronto, una voz femenina, clara y fuerte, brotó del aparato:

—Aprisa, Chyver. Suba aquí.

El submarino volador había evolucionado y estaba ahora a dos metros sobre el suelo, justamente sobre la cabeza de Chyver. De pronto, éste vio que una pistola apuntaba a su cuerpo.

Un rayo de luz deslumbrante, blanquísimo, brotó de uno de los costados del aparato. Un cuerpo humano se disolvió en la atmósfera, tras una cegadora llamarada.

Los otros, amedrentados, retrocedieron.

—¡Nuestras armas no sirven contra el aeromóvil de Slinia! —se quejó Duhur a voz en cuello.

—¡Imbécil! —le apostrofó Thiom—, Debiste haber traído un rompedor de corazas energéticas.

—Pesa demasiado...

Chyver no pudo seguir escuchando más.

Sonó un chasquido sobre su cabeza. Alzó la vista y vio que en el vientre del aparato se habían abierto las dos hojas de una compuerta.

Unos brazos metálicos se desplegaron, descendieron y, asiéndole por el torso, lo izaron rápidamente. La compuerta se cerró y Chyver quedó en una especie de cubículo de paredes forradas de algo que parecía raso anaranjado, en el que había un par de ventanillas ovaladas.

Chyver se sentía completamente estupefacto. Miró a través de una de las ventanillas y pudo ver un conjunto de luces que se alejaban rápidamente.

En menos de cinco segundos, las luces se convirtieron en un círculo de luz, que se empequeñecía con increíble rapidez. Chyver tardó un poco más en darse cuenta de que el aparato había alzado el vuelo con una velocidad jamás soñada por él antes de aquel momento.

Luego, las luces desaparecieron, pero fueron sustituidas por el fulgor de las estrellas. Entonces, Chyver comprendió que se hallaba en el espacio.

CAPÍTULO II

Una puerta se abrió en uno de los muros del cubículo. La voz de la mujer sonó en la parte superior de la que Chyver sabía era ya una astronave:

—Suba, por favor.

Chyver vio al fondo una escalera vertical, de peldaños móviles, que utilizó de inmediato. Instantes después, se hallaba en una espaciosa cámara circular, amueblada con un largo diván, que seguía los contornos de la estancia, salvo en un punto, donde había una consola, que Chyver supuso sería el cuadro de mandos. Pero, por el momento, era la mujer quien llamaba su atención.

—Soy Slinia de Tfur —se presentó ella.

Chyver la contempló sin salir de su asombro. Era joven, cinco centímetros más alta que él y muy esbelta, de senos henchidos y firmes, talle de diosa y caderas perfectamente delineadas. Su larga cabellera negra aparecía suelta y en su rostro se divisaban dos ojos de color verde muy claro, casi amarillento, como los de un felino, lo que prestaba a la joven un exótico y fascinante atractivo.

Slinia vestía una especie de mono de tejido plateado, con un triángulo escarlata en el pecho, cuyo vértice inferior terminaba en la cintura. Los bordes del triángulo eran de color negro y oro. El traje estaba sumamente ajustado a sus formas esculturales, a las cuales se ceñía casi como una segunda piel.

—Ni yo mismo habría sabido dibujarla mejor —dijo él, absorto.

—¿Verdad que sí?—exclamó Slinia de buen humor—. ¿Quiere una copa de vino, Randy?

—¡Atiza! Sabe mi nombre y todo —se asombró Chyver.

—No cabe la menor duda —sonrió ella—. Conozco muchos datos de su vida, pero, sobre todo, el más importante: su profesión de dibujante de historietas gráficas, en la que ha alcanzado una fama más que regular.

—Bueno, me defiendo... Pero, por favor, dígame adónde me lleva y qué es lo que pretende de mí, señorita...

—Llámeme simplemente por el nombre, Randy —le interrumpió ella. Estaba junto a una de las paredes de la cabina, de la que sacó de pronto dos copas llenas de un líquido de color rubí y muy transparente—. Bebamos por el éxito de la empresa —dijo.

Chyver miró a Slinia, todavía con la copa en la mano, sin rozarla siquiera con los labios.

—¿Qué empresa? —preguntó.

—Beba primero —indicó ella—. Tenemos mucho de qué hablar, Randy.

Chyver empezaba ya a acostumbrarse a su nueva situación, aunque no se le había pasado por completo el asombro sentido en el primer momento.

«Aquí hay gato encerrado —pensó—. Armas nuevas, aparatos ultrasecre-tos, no cabe la menor duda. Pero, ¿qué diablos pinto yo en este condenado asunto?»

Probó el vino.

—Excelente, ¿no? —dijo Slinia.

Chyver hizo una mueca.

—Pasadero —calificó—. Comparado con un Jerez o un Sauternes semiseco, está como para tirarlo por el fregadero.

—¡Pues es el mejor que se elabora en Uhlhum! —protestó ella.

—Dígale al dueño de esta viña que aprenda a elaborar mejor sus vinos. Pero creo que esto no es relevante. Acabo de oír un nombre que me suena mucho

—Como que usted mismo lo inventó. Uhlhum, el planeta de *«Los Conquistadores de la Galaxia».* ¿No lo recuerda?

Chyver se dio una palmada en la frente.

—Pero yo escribí Uhllum —objetó.

—Fonéticamente, el resultado es casi el mismo —dijo Slinia —, Randy, ¿por qué no se sienta?

—Está bien. Sin embargo, quiero que diga qué pretende de mí. Y cuanto antes, por favor.

Slinia se sentó casi frente a él y cruzó sus largas y esbeltas

piernas.

—Tenemos necesidad de un hombre como usted, audaz e imaginativo —empezó diciendo—. Hay graves disturbios políticos en Uhlhum y usted puede ayudarnos a resolverlos.

—Bueno, pero todavía no me ha dicho dónde está

Uhlhum —manifestó Chyver, a la vez que se llevaba la copa a los labios de nuevo. Bien mirado, aquel vinillo no era tan malo como habla calificado en un principio.

—Uhlhum está a ochocientos años luz de la Tierra —dijo Slinia.

Chyver oyó aquello y el vino se le atragantó, haciéndole toser y espurrear el rojo líquido sobre sus pantalones. Sacó un pañuelo y mientras lo usaba malhumoradamente barbotó:

—Está loca.

—No lo estoy —contradijo ella apaciblemente—. Pero si eso le consuela algo, le dejaré que siga pensando así. En Uhlhum hay una conspiración contra la que en la Tierra se llamaría reina y a la que nosotros, en nuestro idioma, denominamos Suprema Directora. La SD se llama Arthia de Smaror y es la número seiscientos doce en su dinastía. En general, todos la aprecian y, aunque no gobierna directamente, sus ministros suelen seguir sus consejos. En fin, de una situación muy aceptable y, sobre todo, pacífica, estamos a punto de pasar a lo que ustedes denominan guerra civil y que sólo podremos evitar con una actuación rápida y, sobre todo, decidida.

—Presiento que hay quien quiere destronar a Arthia 612 —dijo Chyver.

—Si no consigue casarse con ella, lo que le daría el poder, la destronará.

—Algún ministro, claro —murmuró Chyver con sorna.

—Sí, claro... Oiga, ¿cómo lo sabe usted?

—Empleé el argumento en *«Denia, reina de Mathwun»* —contestó él—. Pero, siga, siga, lo que está diciendo es muy interesante.

—Bueno, en términos generales, ya está explicado. Más adelante, le daré detalles en abundancia.

—Incluyendo los motivos por los cuales cree que yo voy a ser el salvador de Arthia y que ignoro todavía.

—Usted es dibujante de historietas gráficas, pero, sobre todo, fantásticas: astronaves, mundos extraños, héroes, animales de formas increíbles... Es, justamente, lo que necesitamos en Uhlhum.

Chyver soltó una carcajada.

—¡Un dibujante! Oiga, Slinia, tengo treinta años y una magnífica salud, ciertamente, pero no soy un hércules ni un superhombre. Mi fuerza física es escasa y mi apostura física es más bien birriosa.

—No necesitamos su cuerpo, sino su espíritu.



Chyver alargó su copa vacía. Slinia comprendió el gesto y volvió a llenársela.

—Espera una explicación, ¿no? —dijo, al devolver la copa a su huésped.

—Imagínese —contestó Chyver con risita de conejo.

—Póngase en pie —ordenó Slinia de pronto.

Chyver tomó un trago y obedeció. Slinia se incorporó también y se acercó al joven.

—Sí, es un poco birrioso, pero eso tiene fácil arreglo —dijo, a los pocos segundos—. ¿Cuánto mide usted?

La nariz de Chyver estaba a la altura de la barbilla de Slinia.

—Seis o siete centímetros menos que usted —contestó.

—Uno setenta y dos.

—Quite todavía un centímetro. Pero, dígame, ¿cómo piensan arreglar mí..., birriosidad física?

—Hombre, es bien sencillo. Dándole un nuevo cuerpo, claro.

Esta vez, Chyver apuró su copa de un trago.

—Es bien sencillo —dijo luego—. Se mete al paciente en un

cajón, provisto de una ranura, una palanca y un teclado. En éste, se escriben las nuevas características del cuerpo que se le quiere proporcionar, se introduce un dólar por la ranura, se tira de la palanca hacia abajo y sale el nuevo hombre.

Slinia le miró asombrada.

—Oiga, ¿cómo lo sabe usted? —exclamó.

—No lo sabía; acabo de inventármelo —rezongó Chyver malhumorada-mente—. Admito que mi cuerpo no es el del Apolo de Fidias, pero me siento contento con él y no quiero cambiarlo.

—Bueno, yo lo decía por si quería mejorar su apostura física. En tal caso, le habríamos dado a contemplar algunos de sus propios dibujos, para que eligiera la figura masculina que más le agradase. Luego, hubiera ido a parar a esa máquina que ha dicho, aunque la verdad es que no se necesita dinero para hacerla funcionar, y a los pocos días, habría cambiado totalmente de aspecto.

—Este vino me gusta cada vez más. Deme otra copa, Slinia.

—Se va a emborrachar, Randy —advirtió ella.

—Es precisamente lo que busco.

Slinia le miró fijamente.

—No me cree —se quejó.

—¿Y cómo diablos quiere que crea semejante sarta de embustes? Admito su existencia, la de esta nave, nuestro vuelo por el espacio… Hoy día hay astronaves perfeccionadísimas, que incluso anulan los efectos de la gravedad, a fin de evitar el daño de un despegue casi instantáneo, pero de ahí a cambiar mi cuerpo por entero… Venga esa otra copa, por favor.

—Está bien, tiene tiempo suficiente de dormir la mona —suspiró la joven.

—Y cuando me despierte, quiero estar en mi casa. En la cama, mejor que tirado en un diván.

—Lo siento, Randy. Estamos en la primera etapa de nuestro viaje a Uhlhum.

—¿Primera etapa?

—Sí. Esta nave no tiene capacidad de vuelo interestelar. Nos espera otra a unos cuantos cientos de millones de

kilómetros, en un lugar predeterminado de antemano.

—Muy bien. ¿Qué pasará cuando lleguemos a la otra nave?

—Ya lo sabrá entonces, Randy.

—No es usted muy explícita —reprochó Chyver—. Todavía no sé qué pa-pel pinto yo en esa conspiración palaciega.

—Ya le dije antes: necesitamos su espíritu.

—¿Para...?

—¿Ha oído hablar alguna vez del «materializador»? No, claro que no; no es un invento terrestre, sino uhlhumita. Pero ésa es la máquina que le dejaremos a usted para que ayude a Arthia a conservar su puesto.

—Ha dicho materializador...

—Justamente. Sólo hay dos en todo Uhlhum. Uno está en poder de Arthia. El otro lo tiene Karstus de Solff, su ministro de Finanzas y aspirante a esposo. Pero su cerebro de usted es nuestro.

—Eso es lo que se han creído —rezongó Chyver—. Mi cerebro empieza a estar invadido por una espesa y agradable niebla alcohólica... ¿Qué materializa el materializador, preciosa? —tartajeó.

—Todo lo que usted dibuje —respondió ella sin pestañear.

—Todo lo que yo..., dibu..., hip..., dibuje...

De pronto, los dedos de Chyver se aflojaron y la copa rodó por el suelo. Su cabeza se dobló sobre el pecho y empezó a roncar.

Slinia le miró con simpatía.

—Pobre —dijo compasivamente—. Le hacía falta el desahogo de una pe-queña borrachera.

CAPÍTULO III

Chyver abrió los ojos y notó la lengua espesa y reseca. Pero también per-cibió el familiar aroma del café.

Dos manos se le acercaron, una de ellas con una tableta y la otra con una ta-za de café. Chyver tomó la tableta con la ayuda del líquido, a la vez que miraba a Slinia con ojos turbios.

—¿Qué hace usted en mi casa? —preguntó.

—No está en su casa, sino en mi astronave —corrigió ella con graciosa sonrisa—. Me refiero a la de tipo interplanetario; para llegar a la interestelar nos falta todavía un poco.

Los recuerdos volvieron lentamente a la memoria del joven. Slinia tomó sus gafas y se las puso, mientras él continuaba tendido en el diván.

—La pesqué buena —comentó Chyver.

—El vino de Uhlhum es más fuerte de lo que usted pensaba —dijo la joven.

—A juzgar por lo que tengo dentro de mi cabeza, es de veinte o veintidós grados por lo menos.

—No exagere. Diecisiete y medio, que ya está bien. Ah, el baño está abajo, a su disposición. Creo que una ducha fría le dejará como nuevo. Encontrará tam-bién traje de tejido extensible. Úselo sin reparos.

—¿Es como el suyo?

—Sí.

Chyver soltó una risita.

—¡Je! Yo, vestido como uno de los héroes de mis *comics.* Me voy a divertir hasta hartar —comentó mordazmente.

—¿Por qué no? —replicó Slinia sin inmutarse.

El joven probó a ponerse en pie y halló que mantenía el equilibrio satisfactoriamente.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó.

—Diez minutos temporales, pero, en realidad, fueron diez horas, ya que conecté el acelerador de tiempo para que descansara mejor.

Chyver la miró estupefacto.

—¿Acelerador de tiempo? —repitió.

—Sí, para usted, aunque no tema; sus efectos sólo son psicofísicos, a efectos de descanso y relajación. Para su cuerpo han pasado solamente diez minutos; no vaya a pensar que en menos de un cuarto de hora ha *«envejecido»* diez horas.

Chyver asintió pensativamente. Caminó hacia la trampilla que conducía al piso inferior y bajó por la escalera móvil. Vio una puerta abierta y supo que se trataba del cuarto de baño.

Se metió bajo la ducha. Al cortar el agua, el secador de aire caliente, actuó automáticamente. Luego, sobre una repisa, vio artículos de tocador, entre ellos todo lo necesario para afeitarse.

Chyver seguía siendo anticuado. Había modas que estimaba beneficiosas, al menos para él, por lo que se alegró de encontrar jabón para la barba y maquinilla y hojas de afeitar. Vio también pasta depiladora, pero no la usó; era alérgico a alguno de sus componentes, lo que había provocado en él una grave erupción cuando la usó para quitarse el primer bozo de adolescente.

Mientras se enjabonaba, recordó algo de pronto y lanzó un grito:

—¡Slinia!

—Dígame, Randy —contestó la joven, desde arriba.

—Usted ha dicho que necesitan mi mente, para emplearla a través del materializador, cosa que no sé muy bien qué es, pero a mí me parece que se han tomado un trabajo en vano.

—¿Por qué, Randy?

—Oiga, ustedes no necesitan ideas nuevas: lo tienen todo ya. Por tanto, yo sobro en este conflicto…

—No diga tonterías. La supercomputadora designó a un hombre de sus características como el más adecuado para solucionar los problemas políticos de Uhlhum.

—Supercom… Hay que ver qué cosas se oyen hoy día. Me imagino que debe de ser una computadora que entiende de todo, ¿no es así?

—En efecto, Randy; lo más perfecto que se haya construido jamás en la galaxia.

—Claro, claro —dijo él cáusticamente—. Y, seguramente,

andará, dirá papá y mamá y pedirá pis, ¿verdad?

—No sea grosero. Esa máquina... ¡Eh! —chilló Slinia repentinamente, a la vez que en el interior de la nave se oía un suave tintineo.

—Chica, ¿qué sucede? —preguntó Chyver, a la vez que se daba las últimas pasadas de la maquinilla de afeitar.

—Los detectores señalan la presencia de una nave sospechosa en las inmediaciones de la nuestra. Temo que nos ataquen, Randy.



Chyver se puso apresuradamente su nueva indumentaria y corrió al piso superior. Entonces vio que Slinia se hallaba sentada ante el panel de mandos, el cual había sido elevado, junto con una plataforma en que había dos asientos, a un metro del nivel del suelo.

Recordó la primera vez que vio a la joven, en aquellos momentos en que su secuestro parecía inminente. La cara y el torso de Slinia eran visibles desde el suelo. Indudablemente, se requería aquella posición para pilotar manualmente la astronave, ya que sospechó que, después del despegue, el aparato había volado por medio de un piloto automático.

—Suba, Randy —indicó ella.

Había unos peldaños y una barandilla, semejantes a los usados en las piscinas. Chyver trepó a la plataforma y se sentó en el sillón contiguo. El tintineo continuaba percibiéndose.

—¿Cómo detecta usted la nave sospechosa? —inquirió.

La mano de Slinia señaló una pantalla cuadrada, con vértices curvos.

—Vea ese punto —contestó—. Ese diminuto disco anaranjado es la nave sospechosa. Si se fija en los círculos graduados, que indican la distancia, podrá ver fácilmente sus progresos.

—Puede ser una nave terrestre —opinó Chyver.

—Estamos fuera de las espaciolíneas de su planeta —alegó Slinia—. Ni siquiera se trata de una astronave particular, ya que, al menos mientras se encuentre dentro del sistema solar, deberá seguir una de las órbitas señaladas de antemano.

—La chica está enteradilla de lo que se hace en la Tierra —comentó él mordazmente—. ¿Qué indicativo de distancia hay entre cada línea del detector?

—Un millón de kilómetros, salvo en las cinco interiores en que los indicativos son de doscientos mil.

—Lo que significa que ese trasto está ahora a tres millones de kilómetros de distancia.

—Y medio —puntualizó ella.

—Corre más que nosotros.

—Sí.

—¿Por qué?

—Es una nave superior. Puede transportar a más gente y sirve incluso para viajes interestelares de hasta diez años luz. Pero no les conviene acelerar dema-siado, porque entonces nos rebasarían con demasiada velocidad, excesiva, incluso, para sus torpedos.

—Ah, torpedos y todo, ¿eh?

—Sí, Randy.

—No se privan de nada. ¿Va usted a la velocidad máxima?

—Sí. Vamos, emplee su imaginación...

—Es lo que estoy haciendo, Slinia. Pero se me ocurre que si nos tiran un torpedo, acabaremos convertidos en polvillo cósmico.

—Puede que sea sólo un torpedo paralizante. A ellos no les importaría matarme...

—¡Cochinos! ¡Qué falta de galantería!

—...Pero a usted le atraparían vivo, que es lo que desean.

Chyver se acarició el mentón, mientras procuraba dar con la solución para el inesperado conflicto en que se encontraban.

En vista de su silencio, Slinia agregó:

—Si le atrapan, es probable que lo encierren en una jaula y le obliguen a pensar en nuevas armas e instrumentos, para hacer que se materialicen.

Chyver adivinó el sentido de aquella respuesta.

—Por medio del materializador —dijo.

—Efectivamente.

Hubo una corta pausa de silencio. Slinia contemplaba al joven con expectación.

De súbito, Chyver exclamó:

—Creo que ya tengo la solución.

—¿Sí, Randy? —dijo ella esperanzadamente.

—¿Puede comunicarse con la astronave nodriza?

—Por supuesto.

—¿Y ésta, a su vez, tendrá algún supersistema de comunicación con Uhlhum?

—Así es, Randy.

—En Uhlhum, a su vez, podrán hacer funcionar el materializador.

—Claro.

—Está bien, hable con la «nodriza» y pídales que entren en contacto con su planeta y que pongan el materializador en estado de funcionamiento, conectado, además, al sistema de comunicación. Dese prisa, no podemos perder un segundo más —añadió Chyver, al ver que el aparato perseguidor había ganado ya otro medio millón de kilómetros.

Slinia asintió. A Chyver le sorprendió primero, aunque luego lo encontró sumamente natural, que ella emplease otro lenguaje para comunicarse con la astronave nodriza. Pero no consiguió entender ni una sola palabra; el uhlhumita era un idioma terriblemente enrevesado para un terrestre.

De pronto, ella dijo:

—Listo el materializados Randy.

A pesar de todo, habían pasado ya unos minutos, lo que había servido para que sus perseguidores se encontrasen ya solamente a dos millones de kiló-metros de distancia.

Era preciso actuar con rapidez.

—Dentro de un par de minutos, como máximo, dispararán un torpedo paralizante —añadió Slinia.

—Bien, no se preocupe. Deme algo con lo que pueda entrar en contacto con ese famoso materializador.

Ella le entregó una especie de micrófono, al cual iban conectados dos auriculares de extraño aspecto. Chyver se los puso y, al instante, notó unos ligeros pinchazos en la piel del cráneo, por encima de las orejas.

Sin embargo, no se quejó, suponiendo que aquellas agujas establecerían la conexión con su cerebro. Cerró los ojos y se concentró profundamente.

—Slinia —dijo, tras algunos segundos—, ¿leyó usted mi historia titulada *«El Monstruo del Espacio»*?

—No; pero le prometo hacerlo en cuanto pueda —respondió la joven.

—¿Dispone su aparato de algún visor telescópico?

Slinia se inclinó un poco hacia adelante y pulsó una tecla del panel de mandos.

—Listo —dijo.

Delante de los dos se iluminó una pantalla de unos setenta centímetros de lado, en cuyo centro se divisaba la figura de una espacionave de grandes dimensiones, a juzgar por el número de sus ventanillas, que se veían ilu-minadas. A Chyver no le cupo la menor duda de que los ocupantes de aquel aparato podían capturarles con toda facilidad.

—Si no estuviese yo en contacto con el materializador, nos darían un disgusto —murmuró—. Fíjese bien, Slinia.

Algo apareció súbitamente en el espacio.

Slinia lanzó un grito de pánico.

El enorme pajarraco —¿o era un insecto de dimensiones incalculables?— desplegó cuatro alas gigantescas, de bordes fosforescentes, a la vez que parecía arrojarse sobre la nave perseguidora. A Slinia le pareció que aquel monstruo no medía menos de cien mil kilómetros de punta a punta de las alas y que su longitud era escasamente menor.

De la cabeza salían dos docenas de larguísimos tentáculos, armados con infinidad de espinas, terminadas en ventosas, que se movían en largas ondulaciones, lo que les conferían el aspecto de un fantástico campo de plantas infernales. Dos colosales ojos, compuestos por millares de facetas, que relumbraban con rápidas alternativas, le permitían guiarse

visualmente hacia su presa, a la que esperaba capturar, no sólo con los tentáculos, sino con doce colosales patas, de aspecto semejante a las de una langosta terrestre, pero con cuatro articulaciones.

Slinia, después del grito, se quedó muda de horror. Ante aquel monstruo, su nave y la de los perseguidores eran como simples bacterias en la platina de un microscopio.

A través de la radio, captaron unos chillidos de horror. El monstruo se arrojó sobre la nave perseguidora, cuyo piloto le hizo dar media vuelta instantáneamente.

Segundos más tarde, el aparato había desaparecido.

Y el monstruo, una vez pasado el peligro, desapareció también.

CAPÍTULO IV

El aparato en que viajaban Slinia y Chyver se acercó a la nave de forma esférica que flotaba inmóvil en el espacio. Slinia guió su máquina hacia una enorme escotilla iluminada que se veía en uno de los lados de la otra nave y la hizo pasar por el hueco sin dificultad.

Una compuerta se cerró tras ellos. A los pocos momentos, Slinia dijo que ya podían desembarcar.

Salieron de la navecilla. Dos hombres uniformados, de la misma, manera que la joven, les acogieron con muestras de respeto.

—¿Dónde está el profesor Kai-Surh? —preguntó Slinia.

—Arriba, en su laboratorio —contestó uno de los sujetos.

—Está bien. Díganle al capitán Trenx que ya puede partir hacia Uhlhum.

—Sí, señora.

El hombre se marchó por una puerta lateral. Slinia se colocó encima de un disco de color naranja.

—Venga aquí, Randy.

Chyver obedeció y se situó junto a la muchacha. El disco se elevó en el acto suavemente y se paró momentos más tarde en una espaciosa cámara, una de cuyas paredes era un gigantesco ventanal, de forma alargada, a través del cual se divisaban las estrellas.

Había un hombre sentado ante una vulgar máquina de escribir. Delante de él tenía una pantalla en la que aparecían los resultados de su labor.

Sobre la pantalla había un enorme retrato, en el que aparecía una bellísima mujer, de rubios cabellos, ataviada con un traje de fantástica riqueza. En torno a sus sienes, la mujer llevaba una corona de diseño increíblemente atractivo y, a juzgar por los materiales empleados en su construcción, de valor imposible de calcular.

El hombre no pareció reparar en la presencia de los recién

llegados y prosiguió su trabajo. Chyver observó que Slinia no quería interrumpir al profesor Kai-Surh.

Pero, de repente, observó algo familiar en el rostro de la mujer retratada.

—Esa cara la conozco yo —dijo.

—Sí —admitió Slinia tranquilamente.

Hubo una corta pausa. De pronto, Chyver creyó comprender.

—Oiga, usted...

Slinia lanzó una suave risita.

—Arthia y yo nos parecemos extraordinariamente, pero no tema, yo no soy la Suprema Directora de Uhlhum —declaró, anticipándose a la expresión verbal de los pensamientos de su acompañante.

De pronto, el profesor dejó su trabajo y se volvió hacia la pareja.

—Hola —saludó afablemente.

—El profesor Kai-Surh, Randy Chyver —presentó Slinia.

—Encantado, profesor.

—¿Qué tal, Randy?

Los dos hombres se observaron recíprocamente durante algunos momentos. Slinia les contemplaba con cierta ansiedad.

De pronto, Kai-Surh se volvió hacia su mesa y tomó unas cartulinas de ella, que alargó al joven.

—Elija su nueva figura, Randy —dijo.

—¿Es imprescindible? —consultó Chyver.

—En realidad no, pero opinó que el cambio de aspecto, no sólo le dará fortaleza física, sino que estimulará aún más su mente, al infundirle un notable optimismo y hasta, diría yo, una nueva visión del mundo circundante. Por otra parte, si lo desea, al terminar esta operación, podrá recuperar su actual figura.

—Una pregunta, profesor —dijo Chyver.

—Todas las que quiera, Randy.

—Al cambiar de figura, ¿tendré que seguir llevando lentes? Me gustan más que los otros procedimientos para mejorar la visión, claro; pero me fastidia mucho ser miope.

Kai-Surh sonrió benevolentemente.

—Al cambiar de figura le haremos casi perfecto, dentro de las limitaciones inherentes a todo ser humano —contestó—. Pequeños defectos, cicatrices, algún diente en mal estado y cosas así, desaparecerán, lo mismo que su miopía.

Los ojos de Chyver bajaron hasta la serie de fotografías que tenía en las manos. Después de lo que había visto, ya no le extrañó contemplar algunos de los héroes que había ideado para sus historias gráficas.

Se preguntó cuál de ellos le gustaría más. Pero, en general, todos eran altos, fornidos, musculosos y casi siempre rubios, con un leve toque de ingenuidad que los hacía más atractivos a los ojos de los lectores.

Tardó muy poco en tomar una decisión. Ralph Banders, de *«Los condenados del planeta carnívoro»*, le había gustado siempre un poco más que los otros.

—Este —decidió al cabo—. Pero, antes de nada, quiero que me aclaren una duda.

—Por supuesto —accedió el profesor.

—¿Cuáles serán las consecuencias físicas de mi cambio de figura?

—Realmente, será una cosa sin importancia: añadirle un poco más de carne y huesos, moldear sus facciones de nuevo y aclarar su cabello. Naturalmente, adquirirá una mayor potencia muscular, pero eso será todo.

—Está bien, adelante —dijo Chyver resueltamente.



En otra cámara, situada varios pisos más arriba, aguardaba un hombre de mediana edad y aspecto intranscendente, al que Kai-Surh presentó como su principal ayudante. El nombre del individuo era Rutts.

En el centro de la estancia había un cajón de unos tres metros de altura y dos de lado, que parecía un simple bloque de metal liso y mate. A poca dis-tancia, se veía una consola de

mandos, muy semejante a un piano.

Kai-Surh entregó la fotografía de Banders a su ayudante.

—Proceda, Rutts.

—Sí, profesor.

Rutts se acercó a la consola. Mientras manipulaba en los mandos, Chyver observó un trozo de muro cubierto de cortinas.

Slinia adivinó sus pensamientos y descorrió las cortinas.

—Es para que se contemple al salir transformado —explicó, al mostrar el espejo de cuerpo entero que había dejado al descubierto.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar en la máquina? —preguntó Chyver.

—Muy poco, pero, como permanecerá en la inconsciencia, le habrá parecido que sólo ha pasado un segundo desde que entró.

Uno de los lados del cajón metálico se abrió de pronto.

—Puede pasar, Randy —indicó el ayudante con voz neutra.

Chyver penetró en el artefacto. Kai-Surh dijo:

—Permanezca quieto y en pie. Cuando se abra la puerta, salga.

—Sí, profesor —contestó el joven.

Chyver se volvió. Antes de cerrarse la puerta, miró a Slinia.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

Luego, Chyver se sintió envuelto por una oscuridad total.

Algo envolvió repentinamente su cuerpo, con un contacto semejante al de millones de agujas minúsculas. Sintió en la piel millones de pinchazos, que le causaron un fuerte escozor, pero, casi en el mismo instante, se sintió envuelto en un sueño reparador.



De repente, despertó.

La puerta giró en silencio. Vio luz.

—Slinia —llamó.

Nadie le contestó. Aunque sentía cierto torpor en los músculos, Chyver se dijo que debía abandonar la máquina configuradora.

Echó a andar.

Cojeaba.

—¡Qué raro!—murmuró para sí—. Aunque, bien pensado debo de tener los músculos envarados.

Dio unos cuantos pasos más, dirigiéndose al espejo. Las dificultades en su pierna izquierda parecían invencibles, pero no era un defecto grave.

—Algo ha salido mal —se estremeció amargamente—. ¿Por qué diablos me habré dejado convencer por esta gente?

Llegó al espejo. Un ronco grito brotó de sus labios en el acto.

—¡No, no puede ser...!

Creía soñar. El hombre que tenía ante sí no era Ralph Banders.

Estaba contemplando a un sujeto de anchísimos hombros y figura casi simiesca, vestido con un sucio mono, de mangas y pantalones cortos, fuera del cual salían unos miembros cubiertos de un vello espeso y rojizo.

El hombro derecho era más alto que el izquierdo. En la mejilla izquierda tenía una lívida cicatriz, que iba desde la oreja a la comisura de los labios. Sobre el ojo del mismo lado tenía un parche negro. El cráneo aparecía mondo, salvo un puntiagudo mechón de pelos rojos en la nuca.

Chyver reconoció instantáneamente aquella figura. Era la de Jan Rúspoli, el «*malo*» de «*Los condenados del planeta carnívoro*», el eterno enemigo de Ralph Banders.

De repente, oyó un sordo estampido a sus espaldas.

Giró en redondo. Una nube de humo blanco salía del cajón en donde había estado hasta hacía poco.

Se oyeron pasos precipitados en las inmediaciones. Una puerta se abrió. Dos hombres armados aparecieron ante su vista.

—¡Quieto, traidor! —gritó uno de ellos, apuntándole con el arma.

—Oigan, yo...

La astronave trepidó súbitamente y el suelo se movió, como sacudido por un terremoto. El espejo se rompió en mil pedazos. Los dos soldados rodaron por el suelo. Chyver quedó a gatas.

Una campana de alarma empezó a sonar en alguna parte. Se oían gritos fuera de la cámara.

Chyver se puso en pie. Los soldados no se habían recuperado todavía y él aprovechó la ocasión para apoderarse de una de sus pistolas.

—Escuchen, aquí ha habido un error...

A lo lejos, sonó un altavoz:

—La nave auxiliar número dos ha partido sin permiso. Hay una baja de presión en la zona dos, pero los compartimentos estancias han resistido per-fectamente. Sin embargo, se sospecha que todos los que se hallaban en dicha zona, han muerto.

Las trepidaciones habían cesado. Los soldados se incorporaron. El que conservaba su pistola no se atrevió a utilizarla.

Slinia entró corriendo en la cámara. Vio a Chyver y lanzó un agudo grito.

—¿Quién es usted?

Amargamente, Chyver señaló a la máquina, de la cual seguía saliendo humo.

—El resultado de ese trasto infernal —contestó.

La comprensión entró en la mente de la joven.

—Ha fallado —dijo.

—¿Fallar? —rió él agriamente—. Ha funcionado perfectamente. Lo que pasa es que, en lugar de renacer como Ralph Banders, he «*conseguido*» la figura de su peor enemigo, el architraidor Jan Rúspoli.

Slinia se llevó una mano a la boca.

—Eso..., se puede arreglar...

—¿Usted cree? Tengo la sospecha de que ese artefacto ha sido averiado y, hasta es probable que de modo definitivo e irreparable. Gracias puedo dar toda-vía de haber conservado la vida.

—Pero, ¿cómo...?

Kai-Surh entró en aquel momento.

—Rutts es el fugitivo y el que ha provocado la catástrofe en la zona dos —informó, tras apreciar la nueva figura de Chyver—. Veintiséis hombres han muerto instantáneamente —añadió.

—Lo siento por esos desgraciados —dijo el joven—. Pero, ¿qué va a ser de mí?

—Pues...

Era Slinia la que iba a hablar, pero Kai-Surh alzó una mano para interrumpirla. Luego se acercó a la máquina, de la cual había dejado ya de salir humo.

—Algo me decía que no debía aceptar —se lamentó Chyver—. A veces, es bueno seguir las corazonadas.

—Todo se arreglará, no tema —dijo Slinia, para consolarle.

De pronto, el profesor se volvió hacia ellos.

—Aguarden un momento, quiero hacer una comprobación —dijo.

Se acercó a la consola de mandos y tocó una tecla. Sonaron algunos chasquidos. Una cartulina salió a los pocos instantes por una ranura lateral.

Kai-Surh contempló pensativamente la fotografía.

—Ahora ya no cabe la menor duda de la traición de Rutts —dijo.

Chyver se acercó al profesor.

El retrato que Kai-Surh tenía en las manos era, efectivamente, el del personaje creado por su imaginación de dibujante, Jan Rúspoli.

—Debía de ser yo un hombre muy famoso, cuando mis historietas llegaban a ochocientos millones años luz de la Tierra —comentó con amargo sarcasmo.

El profesor hizo caso omiso de las palabras de Chyver.

—Eso no es lo peor, sino que no existe más que otra máquina configuradora y está en un lugar al cual sería peligroso llegar: la residencia de Karstus de Solff —declaró.

CAPÍTULO V

Los tripulantes se encargaban de reparar las averías producidas por Rutts en su huida. El comandante de la nave había tomado ya el rumbo que la conduciría a Uhlhum.

El estómago de Chyver, a pesar de su nueva figura, seguía reclamando sus derechos. Sentado ante una mesa, agarró un muslo de pollo gigante y le tiró un feroz bocado.

—Bueno, ¿cuál es la peligrosidad de la residencia de Karstus? —preguntó, con la boca llena.

—Los hombres que la vigilan y sus sistemas de alarma y defensa. Aparte de la falta de piedad del propio Karstus —explicó Slinia.

—Después de lo poco que he oído de ese tipo, sus palabras me resultan lógicas —dijo Chyver, sin dejar de comer—. De modo que la otra configuradora está en casa de Karstus.

—Sí, como también el otro materializador, Randy.

—Karstus debe de ser un personaje de importancia para disponer de esos artefactos, ¿eh?

—Lo es —confirmó Slinia.

—En..., la, llamémosle, corte de Arthia, ¿qué lugar ocupa Karstus?

—El segundo, después del ministro presidente. Karstus es relativamente joven y apuesto. Ya le he dicho que quiere casarse con Arthia, aunque no tanto por ser el esposo de una mujer hermosa, como por el poder que ello le propor-cionaría. A decir verdad, si Arthia no tuviese su rango, Karstus ni se la miraría siquiera.

—¿Por qué, Slinia?

—Por Valdiss, su..., amiga.

—Ah, una amante.

—Sí, y aún más bella que Arthia, pero, también, muy ambiciosa.

Chyver entornó el único ojo sano que le quedaba ahora.

—Será cosa de tener en cuenta a Valdiss —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Slinia.

—No se preocupe, es cosa mía. ¿Conoce usted la residencia de Karstus?

—Sí, aunque ignoro los sistemas de alarma. Pero, en cambio, sé alguna de sus trampas defensivas.

—El tipo confía en sus semejantes —dijo Chyver con cáustico acento—. Cuénteme o dígame algo de esas trampas.

Slinia respingó.

—Pero, ¿es que piensa ir usted allí? —se asombró.

—Exactamente —corroboró él sin pestañear.

—Pero..., puede morir...

—No moriré.

—Usted no conoce...

—Déjese de opiniones y hable de una vez —cortó Chyver con aspereza—. Tiró el hueso ya mondo por encima de su hombro y agarró con ambas manos la carcasa del pollo. Sus fuertes dientes trituraban en ocasiones algunos huese-cillos, envueltos en la suculenta carne.

Slinia le miró con aprensión, casi con asco. Pero Chyver no pareció hacer mucho caso del mudo reproche que había en aquellas hermosas pupilas verdeamarillentas.

—Está el foso de los peces barrenadores... —explicó ella—. Si lo salva, tendrá que atravesar la faja de púas, espinas de acero capaces de traspasar con toda facilidad cinco centímetros del metal más duro... Luego, se enfrentará con la barrera de llamas, que desciende automáticamente al pisar la última espina de acero, suponiendo que no le haya hecho daño. En el interior de la barrera de llamas hay una temperatura de seis a ocho mil grados centígrados... Y, si, a pesar de todo, atraviesa esas defensas, lo que no creo, porque antes habrán funcionado los sistemas de alarma, tendrá que enfrentarse con los leopardos hexápodos que corretean por el jardín, cada uno de los cuales es capaz de par-tirle en dos de una sola dentellada.

—¡Qué divertido!—exclamó Chyver—. Pero pasaré, no le quepa la menor duda.

—No pasará —vaticinó ella lúgubremente.

—La moneda de su país, el «utho», equivale a quinientos dólares, ¿no es así?

—Efectivamente, Randy.

—Bien, en ese caso le apuesto mil «uthos» contra un dólar.

—Randy, éstos no son momentos de bromear...

—Le juro que no bromeo, preciosa.

—Como quiera —dijo Slinia desanimadamente—. Pero no comprendo cómo Rutts, en lugar de cambiarle la figura, no le mató, cuando le tenía a su disposición.

—Es bien sencillo, sobre todo, si se piensa en que Karstus tiene la única configuradora que queda en estado de funcionamiento. Simplemente, es una forma de obligarme a que entre en su residencia, porque, lógicamente, supone que no me gusta el cuerpo de Jan Rúspoli.

Slinia quedó estupefacta al oír aquellas palabras.

—Eso es que..., que quiere tenerle a su lado en el conflicto que se avecina —dijo.

—Justamente —confirmó Chyver sin pestañear.

—¿Cambiará usted de bando?

—Antes de nada, me gustaría hablar con Arthia. Usted, creo, podrá conse-guirme una entrevista.

—Espero que sí, aunque me gustaría...

—No siga haciendo más preguntas: ya lo sabrá todo a su debido tiempo —atajó él. Y, a continuación, eructó satisfecho —. Me he hinchado —declaró.

Slinia le miró con repugnancia.

—¿Es que no sabe ser educado delante de las personas? —dijo, en son de reproche.

Chyver frunció el ceño.

—Esto es cosa de mi nuevo cuerpo..., y ojalá la transformación no haya afectado también a mi mente, porque debe tener en cuenta que, según mi historia, Rúspoli no era precisamente lo que se dice un santo.



Llevaban varias jornadas de viaje y se hallaban ya a punto de finalizar el mismo cuando, cierta noche, Chyver se despertó cerca de la madrugada y abandonó su alojamiento en el más completo sigilo.

A pesar de que cojeaba, se movía sin hacer ningún ruido. Ya conocía bien la nave y no le resultó difícil llegar al puente de mando.

El oficial de guardia estaba vigilando los instrumentos. No se enteró de que había un intruso en la cámara hasta que sintió en la nuca el frío contacto del cañón de una pistola.

—Si se mueve, haré hervir sus sesos —dijo Chyver.

El piloto se estremeció con fuerza.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—El genio del mal —rió el terrestre—. ¿Cuál es la ruta que lleva, amiguito?

—Rumbo 52 en altura y 02 en declinación...

—Déjese de zarandajas técnicas y dígalo con palabras más llanas.

—Nos dirigimos hacia el desierto de Shivur, señor.

—¿Por qué?

—Es una zona deshabitada y nuestra llegada pasará allí desapercibida —explicó el oficial.

—Ah, ya entiendo. Bueno, en ese caso, no hay inconveniente en que mantenga el rumbo. ¿Cuándo tomaremos tierra?

—Al amanecer, señor.

—¿A qué hora llega su relevo?

—Hace pocos minutos que he tomado el servicio. Yo soy el encargado de la maniobra de aterrizaje, a menos que el comandante de la nave decida hacerlo por sí mismo.

—¿Es una decisión corriente?

—Cuando se conoce el terreno, el comandante deja en libertad de acción a sus oficiales.

—Lo cual significa que es muy probable que no venga por aquí para nada.

—Sí, señor. Únicamente tendremos contacto por interfono…

—Basta, es suficiente.

Transcurrieron dos horas. El disco que era Uhlhum y que se había visto como de plata hasta aquel momento, ofrecía ahora todos sus detalles geo-gráficos, que podían observarse a simple vista sin dificultad, debido a la proximidad de la nave.

Media hora más tarde, la esfera se hallaba sólo a unos cientos de metros del suelo uhlhumita. Todo parecía normal a bordo y Chyver consideró llegado el momento de pasar a la acción.

Conocía ya algunos de los detalles de la nave, de los que se había ido enterando durante el transcurso del viaje. Se retiró unos pasos del inmóvil oficial y le dió una orden:

—Sepárese del cuadro de mandos.

El oficial obedeció sin rechistar. Entonces, Chyver disparó varias descargas contra los mandos.

Brotaron unos vivos relámpagos y se oyeron tremendos chasquidos. La astronave descendió bruscamente a plomo, pero los frenos de emergencia ac-tuaron automáticamente y evitaron un choque funesto contra el suelo.

A continuación, Chyver abandonó la cámara y corrió hacia la compuerta en que se hallaba la única nave auxiliar disponible. Alguien gritó a sus espaldas:

—¡Randy!

Chyver se volvió y disparó contra Slinia. La muchacha vio el gesto y consiguió evitar el impacto, que la habría desintegrado, agachándose con increíble rapidez.

La nave tocó tierra en aquel momento. Chyver entró en la esclusa, cerró y saltó al puesto de mando de la astronave auxiliar.

Instantes más tarde, partía a toda velocidad. Con lágrimas en los ojos, Slinia vio alejarse el aparato en el que se marchaban todas sus ilusiones.

A su lado, Kai-Surh tenía el rostro contraído.

—Hemos perdido la partida —admitió, lleno de pesimismo.

—Y Karstus la ha ganado —dijo ella.

Porque no le cabía la menor duda de que, por recobrar al menos su anterior figura, Chyver sería capaz de aliarse con el que ella estimaba el peor enemigo de su planeta.



El bote volador se detuvo al pie de la férrea puerta que permitía el acceso al otro lado de la tapia. Más que una tapia, era una muralla de sólidos sillares de piedra, de veintitantos metros de altura por, al menos, cuatro o cinco de grosor.

Chyver saltó al suelo. Alguien le escrutó a través de un objetivo de televisión.

—¿Quién eres y qué deseas? —preguntó el sujeto.

—Me llamo Chyver y quiero hablar con el honorable Karstus de Solff.

—No está —dijo el cancerbero.

—Es igual, entraré a esperarle.

Sonó una risita burlona.

—No veo cómo —dijo el guardia.

Chyver se volvió hacia el aparato y penetró en su interior. Retrocedió un centenar de metros y luego lo puso en marcha, saltando al suelo antes de que la máquina adquiriese demasiada velocidad.

El impacto produjo un ruido horroroso. Una pesadísima hoja de metal fue arrancada de sus goznes y cayó al otro lado, en medio de los gritos de terror que daban los guardias de la residencia.

Chyver se puso en pie y corrió hacia la entrada. Dos hombres se incorporaban en aquel momento, pero volvieron a caer, atropellados por aquella masa humana, que parecía poseer la fuerza de un gigante.

—Menos mal que me he acostumbrado ya a la cojera de Rúspoli —se dijo el terrestre, al pasar por encima de los cuerpos

de los aturdidos guardianes.

Delante de sí se hallaba un enorme recinto, en el que después de unas fajas aparentemente lisas y sin relieves, en la que se encerraban las trampas ofensivas, se divisaba un ameno jardín. Chyver siguió adelante, seguro de que el impacto había destruido los contactos que harían funcionar las trampas automáticamente.

Pero lo que el choque no podía haber dañado eran los tigres hexápodos, cuyos atroces rugidos se oían ya entre la fronda.

Chyver estaba desarmado, pero el hombre al cual representaba ahora, física y casi mentalmente, poseía recursos poco menos que inagotables, además de una fuerza prodigiosa. Le bastó acercarse a uno de los árboles del jardín para, con un par de tirones, arrancar una larga y recta rama, casi tan gruesa como su brazo.

Una de las fieras caía ya sobre él. A Chyver le bastó un solo golpe para deshacerle el cráneo, pese a sus enormes dimensiones.

El segundo tigre se ensartó en la rama, utilizada ahora como lanza. Los guardias, aturdidos, y también temerosos de las fieras, vacilaban, sin atreverse a actuar de modo contundente.

De repente, se oyó una voz femenina, de tono enérgico:

—¡Alto! ¡Quietos todos!

CAPÍTULO VI

Hasta los tigres obedecieron el mandato. Los guardias empezaron a dar señales de reaccionar y la orden les hizo reaccionar en el acto.

Los tigres se alejaron gruñendo. Chyver se acercó al punto donde había sonado la voz.

Ella era muy hermosa, de pelo intensamente rubio, casi pajizo, ojos glaucos y figura escultural, envuelta por una especie de túnica larga, de tejido azulado, tornasolado en oro. Su hombro derecho, de perfecta redondez, quedaba al descubierto.

Llevaba profusión de joyas, de un diseño como jamás había visto Chyver en la Tierra, aparte del valor de los materiales de que estaban construidas. Chyver se dijo que sería interesante tomar algunos diseños de las joyas.

«Por si algún día vuelvo a la Tierra», pensó.

Pero era un asunto secundario, que debía relegar en el acto, para enfrentarse con otros más perentorios. Por ejemplo, la hermosa mujer que tenía ante sí y que le contemplaba con curiosidad.

—¿Quién eres? —preguntó.

Chyver se inclinó profundamente.

—Jan Rúspoli, a tu servicio, mi señora —se presentó con pomposo acento, empleando el nombre de la personalidad que ostentaba en aquellos momentos.

—Has entrado aquí causando graves destrozos, sin contar con las dos bestias de guarda a las que has matado —dijo ella —, ¿Sabes que lo que has hecho puede ocasionarte terribles castigos?

—Cualquier castigo, siempre que me lo apliques tú, será una delicia para mí —contestó Chyver con amplia sonrisa.

La mujer exhaló un grito sofocado.

—Insolente... —pero casi en el acto, sonrió, evidentemente halagada por aquellas palabras—. Sin duda no me conoces —

añadió.

—Eres Valdiss, la fiel compañera y confidente del honorable Karstus de Solff.

—¿Me conocías?

—La fama de tu belleza ha llegado a los más apartados rincones de la Galaxia. Eres la paloma de impoluto plumaje, y yo el inmundo sapo, indigno de alzar la vista hasta ti. Pero espero, quizá, merecer tu benevolencia, ofreciéndote mis servicios.

—¿Qué clase de servicios?

—Soy un mercenario, mi señora. Ahora bien, en tu caso, actuaría sin más recompensa que la contemplación de tu hermosura.

Valdiss, evidentemente satisfecha, volvió a sonreír.

—¿Mercenario? —repitió—. Eso puede tener muchos significados. Jan.

—Todos los que tú quieras darle, mi señora.

Valdiss entornó los ojos un poco, a la vez que se mordía el labio inferior, como si se concentrase en sus pensamientos. De pronto, llamó:

—¡Adsir!

El jefe de guardias corrió inmediatamente hacia ella.

—¿Señora?

—Yo me hago cargo de este sujeto —dijo Valdiss—. Avísame cuando vuelva Karstus.

—Sí, señora.

—Jan, sígueme.

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Chyver, quien, inmediatamente, echó a andar detrás de la mujer. Momentos después, entraban en una vasta sala, amueblada con un lujo increíble.

El lujo impresionó menos a Chyver que los audaces diseños de muebles y demás elementos de la decoración. *«Si vuelvo a la Tierra, pondré un negocio de decoración uhlhumita. Me forraré»*, pensó.

Valdiss llenó dos copas y ofreció una al terrestre.

—Bebe —invitó.

Chyver levantó su copa.
—Por la mujer más hermosa de la Galaxia —brindó.



Valdiss se sentó en un diván haciéndolo de modo que resaltaran las curvas de su cuerpo opulento. Luego, a través de los párpados entornados, miró al hombre que permanecía en pie frente a ella.
—¿Qué sabes hacer tú? —preguntó.
—Todo lo que me ordenes, mi señora —respondió Chyver sin vacilar.
—¿Por qué has venido a verme?
—En realidad, yo vine para hablar con Karstus, pero te encontré a ti. El cambio me parece infinitamente más favorable.
Valdiss volvió a sonreír.
—Sabes hablar muy bien —dijo—. Si actúas de acuerdo con tus palabras, debes de resultar invencible.
—Nadie me encomendó jamás una traición y tuvo que reprocharme luego el haberle defraudado.
—Antes has dicho que sabes hacer de todo. Explícate, por favor.
—Ordéname y obedeceré, ésa es la mejor explicación que podría darte, mi señora.
—¿Hablas en serio?
—¿Me atrevería a bromear con una mujer de tu posición?
Valdiss le miró pensativamente.
—Tus habilidades incluyen, por ejemplo, y diciéndolo crudamente, el ase-sinato —dijo.
—Sí —contestó Chyver, impertérrito.
—¿Matarlas a la persona a quien yo te señalase?
—Sí.
—¿Qué recompensa me pedirías?
Chyver sonrió.
—¿Deseas una respuesta sincera, mi señora?

—Te lo exijo.

—Pues bien, ya sé que..., no poseo una figura arrogante y mi rostro está desfigurado, pero mi fuerza y mi vigor están intactos. La recompensa que pe-diría sería..., tú misma.

Valdiss se incorporó un poco en el diván, como sorprendida por aquellas palabras, pero se reclinó de nuevo, a la vez que lanzaba una ligera carcajada.

—No eres modesto —dijo.

—Soy sincero —respondió él intencionadamente.

—¿Y no pedirías más?

—En poco te valoras, mi señora.

—Podría pedirte que matases a una persona de muy elevada posición.

—Dime su nombre y considérala muerta, pero...

—¿Si, Jan?

—No tolero engaños, vengan de quien vengan. Cumplo siempre mis promesas; por tanto, exijo que los demás se comporten igualmente. O no viven para engañarme por segunda vez.

—No habrá engaños. Jan. Será un pacto leal y sin reservas. Y cuando hayas realizado la misión que te voy a encomendar, tendrás la recompensa deseada.

—¡Karstus! —gritó Valdiss.

Pero el recién llegado no hizo el menor caso de la mujer. Extendió la mano hacia Chyver y ordenó:

—¡Arrestadle!



—Estoy dudando acerca del procedimiento que voy a emplear para matarte —dijo Karstus.

Chyver no pestañeó siquiera. Estaba en un sótano de la casa, con los brazos en alto, debido a las argollas de hierro que ceñían sus muñecas y que iban a parar al techo por medio de sendas cadenas del mismo metal.

—Sería inútil pedirte un método rápido de morir —dijo.
—Entonces, no habría diversión —sonrió Karstus.
—Claro, claro, pero todavía no me has dicho por qué deseas mi muerte.
—¿Acaso necesitas que te lo explique? Sphanor ha enviado a un hombre fuerte, pero con los sesos de un mosquito. Debería haber enviado a un indi-viduo más astuto, pero es que él tampoco ha sido jamás demasiado listo.
Chyver calló. No conocía al tal Sphanor, aunque suponía que debía de pertenecer al bando contrario de Karstus. Pero negarlo sería inútil, estimó.
Una cosa le llamaba la atención: Karstus no había mencionado para nada el diálogo que él y Valdiss habían sostenido. Cierta sospecha se infiltró en su mente, aunque procuró no expresarla, ni siquiera por gestos.
—Está bien —dijo Karstus al fin—. Te daré una oportunidad de salvar la vida.
—Habla, te lo ruego.
—Si quieres vivir, tienes que atravesar las barreras defensivas que rodean mi residencia. Confieso que no se me había ocurrido pensar en el truco del bote volador, pero eso ya no se repetirá jamás.
—Estás condenándome a muerte —se quejó Chyver.
Karstus se encogió de hombros.
—Eres hombre muerto ya —respondió fríamente.
De pronto, alguien entró en el sótano y se acercó a Karstus, diciéndole algo al oído. Karstus escuchó atentamente y luego asintió:
—Está bien —se dirigió al prisionero—. Hablaremos luego de tu problema. Ahora tengo que hacer algo más interesante que divertirme viendo cómo atraviesas mis barreras defensivas. Vámonos, Adsir.
Los dos hombres se marcharon. Chyver oyó el ruido de la puerta, pero era algo que no le preocupaba demasiado.
Levantó la vista y contempló las cadenas a las cuales estaba sujeto. Siempre había pintado a Rúspoli como un hombre de fuerza prodigiosa, incluso más que el «*bueno*» Ralph Banders. Si

la configuradora de Kai-Surh había copiado en to-do a Rúspoli, librarse de aquella situación no iba a resultarle demasiado difícil.

Pero convenía esperar un rato. Mientras dejaba pasar el tiempo, se preguntó quién sería Sphanor.

Una cosa parecía segura: Sphanor debía de ser un tipo de elevado rango. Karstus no tenía enemigo pequeño.

Al cabo de un largo rato, levantó los ojos hacia el techo y contempló las anillas a las que estaban sujetas las cadenas. Hinchó el pecho y tensó sus brazos. Elevando un poco las manos, agarró las cadenas y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas, lenta y gradualmente, hasta alcanzar el máximo de potencia.

Un leve crujido sonó sobre su cabeza.

El crujido se repitió. Chyver no aflojó por ello la presión.

En el techo se abrieron algunas grietas. Trozos de material cayeron al suelo. Chyver, con todos sus músculos en plena tensión, seguía tirando hacia abajo.

Súbitamente, las grietas se ampliaron. Un bloque de grandes dimensiones cayó con tremendo estrépito. Chyver dio ahora un brusco tirón y la mayor parte del techo se vino abajo con gran fragor.

Chyver saltó a un lado, evitando así el impacto de la mayor parte de los cascotes, aunque no pudo evitar que uno de ellos le arañara el hombro izquierdo, haciendo brotar la sangre. Pero no parecía herida de importancia.

Estaba libre, aunque las argollas seguían ciñendo sus muñecas. Sobre su cabeza, se había abierto un enorme boquete de varios metros de diámetro.

Asomada al borde del agujero, con el asombro pintado en su rostro, estaba Valdiss.

—¡Jan! —exclamó la bella mujer—. ¿Por qué te has molestado precisamente ahora que yo iba a liberarte?

CAPÍTULO VII

Chyver se asombró también al escuchar aquellas palabras, pero no perdió tiempo en reflexiones. Jan Rúspoli era hombre que actuaba con increíble rapi-dez y él debía imitarlo en todo.

Tomo carrerilla —ya se habituaba a la cojera—, y saltó hacia arriba, a pesar del obstáculo de las argollas y las cadenas. Se asió al borde del agujero, hizo fle-xión con los brazos y, ágilmente, pasó a la sala en la que horas antes había conversado con Valdiss.

—Es increíble —dijo ella—. Casi hundes la casa.

—Tengo un poco de fuerza física —sonrió Chyver—. Dame un vaso de vino, por favor.

—Sí, ahora mismo...

Valdiss le entregó la copa, que él vació de un trago, tirándola luego a un lado, con gesto fanfarrón.

—De modo que ibas a liberarme —dijo.

Valdiss sacó una llave de su seno.

—Se la birlé a Karstus —sonrió.

—Parece ser que no le dijiste nada de nuestra conversación.

—Todo lo contrario; hablé espantosamente mal de ti. Pero era necesario. No sé si me comprenderás...

La llave cumplió sus funciones y las muñecas de Chyver quedaron libres de aquel impedimento. Treinta kilos de hierro cayeron al suelo.

Acto seguido, Valdiss dijo:

—Tengo que explicarte...

Pero no pudo seguir hablando. Unos fuertes brazos rodearon su cintura y unos ardientes labios aplastaron los suyos.

Al cabo de unos segundos, Chyver, sonriendo, se separó de ella.

—Empiezo a cobrarme la recompensa —dijo.

Valdiss le miró maliciosamente.

—Además de duro, eres audaz —calificó.

—Sí —admitió él llanamente—. Pero, ¿vamos a quedarnos aquí?

—Por supuesto que no. Iremos a mi residencia privada y allí te explicaré lo que tienes que hacer. Ahora bien, para evitar compromisos, simularé un secues-tro, ¿comprendes?

—Te entiendo perfectamente —contestó Chyver—. Pero, tu residencia, ¿no es ésta?

—Hablo de la que ya poseía antes de conocer a Karstus —explicó la mujer.

Momentos después, partían de la casa en un bote volador de dos plazas, cuyas dimensiones no superaban mucho a las de los aeromóviles terrestres. En pocos minutos, el aparato alcanzó una enorme velocidad.

Media hora más tarde, Karstus llegó a su casa, seguido de Rutts y de Adsir. El ayudante de Kai-Surh hablaba precipitadamente:

—Por eso cambié las fotografías en la configuración del profesor... Le di al terrestre la figura de Jan Rúspoli, con objeto de que se pusiera incondicionalmente a nuestro lado, con la promesa de devolverle más adelante su verdadero cuerpo..., o el de Banders, según prefiriera...

—Al menos, pudiste haberme avisado, ¿no? —gruñó Karstus, vivamente enojado por lo que consideraba un fallo de su secuaz.

—Imposible, señor: toda conversación queda grabada y no podía correr el riesgo de una revisión de las grabadoras...

De repente, entraron en la sala y vieron todo revuelto, además del enorme boquete abierto en el centro.

Karstus comprendió lo ocurrido y lanzó un aullido de cólera:

—¡Ha conseguido escapar, tras secuestrar a Valdiss!



Desnudo de la cintura para arriba, vestido solamente con

unos pantalones cortos, Chyver se contempló críticamente ante el espejo, horrorizado de la enorme cantidad de vello que había en aquel cuerpo que no era el suyo.

—La verdad es que se me fue la mano al pintar a Rúspoli —dijo.

Pero, por el momento, ya no cabía hacer nada. Pedir a Valdiss que hubiera hecho funcionar la configuradora era un riesgo que no quería correr en absoluto. Por mal que fueran las cosas, conservando aquel aspecto, conservaría la vida. Pero estaba seguro de que Valdiss no sabía hacer funcionar el aparato o, en el mejor de los casos, era una operadora inexperta.

Terminó de afeitarse. Aquella cara no se vela nunca limpia. A Rúspoli le crecía el vello a una velocidad vertiginosa.

—Debí haber pintado un «*malo*» elegante, atractivo, alto y esbelto, pero cínico, con un fino bigotito..., aspecto de espadachín clásico, en suma, y no este simio que...

La voz de Valdiss sonó repentinamente en la sala:

—¡Jan!

—Voy, preciosa —contestó él, mientras se secaba la cara.

Una chaquetilla de tejido extensible cubrió su torso de barril. Se ajustó el parche sobre el ojo y, renqueando, abandonó el baño.

Valdiss estaba en pie, junto a una elegante consola, llenando dos copas. El atuendo primitivo de la mujer había sido sustituido por otro muchísimo más breve, una especie de «*dos piezas*», con un mínimo de tela. Los pies estaban, en cambio, calzados con una especie de botas blandas, de alto tacón, que le llegaban a media pierna.

Con las copas en las manos, se volvió hacia Chyver y le entregó una.

—Bebe, para celebrar nuestro triunfo —dijo.

—¿Por anticipado?

—Sé que no fallarás —sonrió Valdiss.

—Todavía desconozco el nombre de la persona a la que quieres borrar del mapa.

Valdiss le miró por encima de la copa.

—Se llama Arthia de Smaror —dijo.

A Chyver no le extrañó en absoluto escuchar aquel nombre.

—¿Muerta? —dijo.

—Muerta —confirmó ella, fríamente.

—Eso está hecho, preciosa.

—Ya no me llamas mi señora, Jan.

—Ahora eres una mujer y yo un hombre.

Valdiss sonreía maliciosamente.

—Pero todavía no...

Chyver dejó la copa a un lado y la abrazó.

La mujer suspiró.

—Jan, atraes y repeles al mismo tiempo —dijo—. Tu aspecto físico es repugnante, pero, al mismo tiempo, hay algo en ti que me hace sentirme débil y sin voluntad. ¿Qué es? —preguntó.

—El contraste entre Karstus y yo. Karstus es un hombre, aunque maduro, demasiado guapo, atractivo y pulido. Quizá, inconscientemente, estás harta de él.

En su interior, Valdiss reconoció que el hombre que la tenía en sus brazos decía la verdad. Pero por muy harta que estuviese de Karstus, no lo estaba tanto que renunciase a las ventajas que la muerte de Arthia podía proporcionarle.

Una de ellas sería el puesto de Suprema Directora consorte. Porque en mo-do alguno iba a permitir que Karstus la abandonase una vez hubiera accedido al cargo máximo del planeta.

Más tarde, mientras tomaba un sorbo del rojo vino de Uhlhum, Chyver dijo:

—Por favor, Valdiss, dame detalles del palacio de Arthia.

—Con mucho gusto, Jan —contestó ella.



A la luz de las estrellas, Chyver contempló la altísima tapia que circundaba el recinto en cuyo interior se encontraba el

palacio de Arthia de Smaror. Valdiss le había hecho una completa descripción del lugar, por medio de algunos croquis que el propio Chyver había trazado, siguiendo las indicaciones de la mujer.

Se había extrañado que Valdiss conociese tan bien el palacio. Ella lo había explicado simplemente:

—Hubo un tiempo en que fui dama de honor de Arthia.

—Y dejaste el cargo.

—Karstus se fijó en mí. Pensé que el nuevo «*cargo*» sería más interesante.

«Y propicio para satisfacer tus ambiciones», pensó él.

Ahora estaba al pie del muro, que no medía menos de veinticinco metros de altura. Conociendo el dato, había pedido a Valdiss que le trajese un pro-pulsor individual, pero no los había en Uhlhum.

Lo más que pudo hacer Valdiss fue proporcionarle una soga y un gancho. Tenía una pistola disgregadora, pero Chyver eligió el puñal.

—Silencioso y seguro —dijo.

Valdiss le había besado en el momento de la despedida.

—No vuelvas sin la noticia de la muerte de Arthia —dijo.

—Te traeré su cabeza. No quiero que dudes de mí.

Ella se estremeció.

—No digas eso. Jan.

—Puedes creer que miento, ¿verdad? La cabeza de Arthia será la mejor prueba de que ya no tienes rival.

El gancho volteó sobre la cabeza de Chyver y salió disparado hacia las alturas.

—Vamos a ver cómo te portas, Jan Rúspoli —se animó él, cuando ya trepaba por la soga hacia lo alto del muro.

Salvo por la figura, Jan Rúspoli no sólo no tenía que envidiar nada a Banders en agilidad y fuerza física, sino que incluso le ganaba. La cojera no se notaba salvo al andar.

Trepó como un mono. Momentos más tarde, se hallaba a caballo sobre el borde del muro. Lanzó la soga al otro lado y descendió velozmente. El gancho y la cuerda quedarían en aquel punto, para la retirada.

Agachado en la base del muro, oteó el panorama durante unos instantes. La oscura mole del palacio se divisaba a lo lejos, recortándose contra el cielo estrellado.

Sonaron pasos en las inmediaciones. Ágil Chyver se escondió al pie de unos arbustos. La patrulla de vigilancia nocturna, pasó por sus inmediaciones, sin sospechar siquiera su presencia.

Al cabo de unos momentos, Chyver reanudó su marcha. El dormitorio de Arthia estaba en el último piso, a unos treinta metros del suelo. No necesitaría la cuerda: Valdiss le había informado de la abundancia de plantas trepadoras que cubrían la fachada, de troncos delgados, pero muy resistentes.

La yedra uhlhumita era particularmente frondosa, de hojas tan grandes como la palma de su mano. Chyver subió metro a metro, envuelto por el espeso follaje, hasta alcanzar la ventana deseada.

Entonces, penetró en el dormitorio.

Era una vasta estancia, en la cual había un gran lecho, de líneas simples, aunque con la cabecera coronada por las armas heráldicas de los Smaror: un águila tricéfala uhlhumita, que sujetaba con sus garras dos discos, uno de oro y otro de plata, todo ello en fondo rojo y negro.

Chyver sacó el puñal y se acercó al lecho.

—Me han dado una orden y tengo que cumplirla —se dijo.

Pero cuando ya alzaba la mano armada, se encendieron las luces de la estancia y las tinieblas se disiparon.

Varias personas, algunas de ellas armadas, irrumpieron en el dormitorio. Una de ellas era Slinia, de cuyos labios brotó un grito de asombro:

—¡Randy!

CAPÍTULO VIII

Los soldados le apuntaron instantáneamente con sus pistolas. Chyver dejó caer el puñal al suelo.

—Una aparición más bien inoportuna —comentó fríamente.

Slinia le miró con horror. Luego volvió la vista hacia la cama.

Un agudo alarido brotó de sus labios:

—¡No está! ¡La han secuestrado!

—No he sido yo, por supuesto —dijo Chyver.

Slinia avanzó hacia él, con la furia pintada en su rostro.

—Dime qué ha sido de ella...

—¿Tengo pinta de secuestrador?

Ella reflexionó un instante.

—Es verdad, tú no has podido ser —convino—. Pero venías a matarla.

—Lo admito.

—¿Quién te lo ordenó?

—Secreto profesional —rió él.

—Puedo hacer que digas el nombre de la persona para la cual actúas.

—No lo conseguirás, Slinia.

La joven le dirigió una mirada despectiva.

—Randy, jamás pensé que fueras capaz de cometer una acción tan despreciable —dijo.

—¿Qué quieres? El profesor Kai-Surh ya lo vaticinó: mi mente podría verse afectada por mi nuevo cuerpo. La culpa de que yo tenga ahora el aspecto de Jan Rúspoli no es mía, precisamente.

—Creo que cometimos un error al traerte aquí —dijo ella.

—Si fueses un hombre y te encontrases de repente con mi aspecto, tú también pensarías de la misma manera, aunque en otro sentido muy distinto —contestó Chyver tranquilamente—. Por cierto, ¿cómo supiste que estaba aquí?

—No sabíamos que fueses tú. Los sistemas de alarma funcionaron y corrimos a proteger a la SD. Pero Arthia había ya desaparecido...

—No me preguntes nada, porque no sé dónde puede estar, ni quién la ha secuestrado.

—Te creo, aunque el interrogatorio que te haremos, nos dará alguna pista para encontrar a Arthia. ¡Arréstenlo!

Dos soldados avanzaron hacia el joven. Pero, súbitamente, Chyver se con-virtió en un torbellino.

Los guardias volaron por los aires, sin saber qué les había sucedido. Se oyeron chasquidos de huesos y gritos de dolor. Los otros soldados, temerosos de herir a sus compañeros, no se atrevían a disparar sus armas.

Antes de que pudieran reaccionar, Chyver se deshizo de ellos de sendos puñetazos. Una mandíbula resultó fracturada y su dueño aulló, a la vez que se revolcaba por el suelo.

Slinia, aterrada, retrocedió. Pero un cuerpo humano que volaba por los aires, la alcanzó de refilón, haciéndola caer. Su cabeza golpeó contra un saliente y, durante unos segundos, quedó aturdida.

Cuando se recobró, Chyver había desaparecido.

El descenso resultó más fácil. Chyver se dejó caer casi a tumba abierta. Una vez puso los pies en el suelo, echó a correr hacia la tapia.

De pronto, oyó voces por las inmediaciones.

—Busquen por todas partes. Tenemos su cuerda y no podrá escapar por la tapia.

—No le dejen escapar —gritó otro.

—Tenga cuidado con él; es terriblemente fuerte —recomendó un tercero.

Chyver se agazapó al pie de un arbusto, situado junto a un árbol de recio tronco, alto y delgado.

Su situación era bastante comprometida. Slinia le haría pasar un mal rato si le atrapaba.

«*¿Qué haría Rúspoli en mi situación?*», se preguntó.

Una idea vino de pronto a su imaginación.

«*Sí, ¿y por qué no probar?*», pensó.

Lentamente, se puso en pie. La tapia estaba a unos cuarenta pasos de distancia. El árbol estaba mucho más cerca.

¿Tenía Rúspoli tanta fuerza como decían las historietas?

Sonaron unos terribles crujidos. Los guardias se volvieron alarmados.

—¿Qué sucede?

—¿Quién anda arrancando arbustos por allí?

—Sí, sí, arbustos —dijo Chyver, a la vez que daba el último tirón.

Los atónitos soldados vieron un espectáculo fantástico. Jamás se habrían atrevido a soñar siquiera una cosa semejante.

Con el árbol enristrado, como si fuese una lanza de descomunales dimensiones, Chyver se lanzó a la carrera con toda su fuerza hacia el muro, atropellando todo cuanto se le ponía por delante. Dos soldados salieron des-pedidos a los lados, sin por ello refrenar la velocidad de aquella que calificaban de marcha suicida.

El árbol, por la parte de las raíces, chocó contra el muro, con terrible estruendo. Chyver había calculado bien; no era un muro para una defensa en una guerra, sino para evitar miradas indiscretas desde el exterior. Los ar-quitectos uhlhumitas eran hábiles; habían conseguido veinticinco metros de altura, con un espesor apenas superior a los cincuenta centímetros.

El muro se derrumbó.

Chyver retrocedió un poco, mientras los escombros caían por todas partes. Luego, a favor del asombro y la confusión, escapó por la brecha.

El bote volador estaba a poca distancia. Se tiró de cabeza al interior, accionó los mandos y despegó, antes de que los atónitos guardias del palacio tuvieran tiempo de reaccionar.

Por su parte, Slinia no sintió demasiada extrañeza, aunque sí un poco de pena.

—Es una lástima —suspiró—. Si hubiese hablado un poco más con él, ¡cuántas ventajas habríamos obtenido ambos!

Porque estaba segura de que Chyver actuaba para Karstus, esperando cierta recompensa, la de recuperar su aspecto primitivo, que no conseguiría jamás.



El asombro de Karstus fue enorme al verse frente a un oficial, que se presentó como coronel Dadzhus.

—Le conozco, coronel —manifestó—, pero no comprendo los motivos de su estancia en mi casa a semejantes horas de la noche.

—Lo siento, señor; me limito a cumplir órdenes —se disculpó el visitante.

—Bien, coronel, puede hablar, ya que supongo que no está aquí sin un poderoso motivo. Expóngalo pronto, por favor.

—Al momento, señor.

Dadzhus extrajo un documento del interior de su chaqueta de uniforme y se lo tendió a Karstus.

—Lea, se lo ruego —indicó.

La vista de Karstus se paseó por los renglones escritos. Al finalizar la lectura, soltó un gruñido de cólera.

Estuvo a punto de cometer una imprudencia y afirmar la falsedad de aquella firma, pero logró contenerse a tiempo y hasta sonrió aquiescentemente.

—Nada para mí más grato que cumplir las órdenes de la Suprema Directora —aseguró—. Coronel, supongo que habrá traído los hombres y ele-mentos necesarios para el transporte del materializador y la configuradora que ha venido a buscar.

—Sí, señor.

Karstus se apartó a un lado, a la vez que movía la mano con ademán benevolente.

—Actúe cuando quiera, coronel —dijo.



—Alguien se me anticipó —dijo Chyver.

Valdiss le miró suspicazmente.

—No me crees, ¿verdad? —continuó él—. ¿Por qué no hablas con Karstus?

—¿Qué tiene que ver Karstus con todo esto? Ni siquiera sabe que estamos aquí. Piensa solamente que me has secuestrado y estará haciendo lo imposible para buscarme...

Chyver rió estentóreamente.

—¡Buscarte! —exclamó—. Ya tiene de sobra con Arthia.

—¿Qué dices? —gritó ella.

—Lo que oyes. Karstus ha secuestrado a la SD.

Valdiss abrió la boca. En el fondo, empezaba a creer que Chyver tenía razón.

—Supongamos que sea cierto —dijo, tratando de recobrar la serenidad—. ¿Por qué la ha secuestrado, Jan?

—¿No eres capaz de imaginártelo? Puede influir en su voluntad y obligarle a casarse con él, por medio del hipnotismo, la sugestión o algo parecido. Em-pleará drogas y Arthia dirá sí a todo lo que él quiera.

Un brillo de furia apareció en los ojos de la mujer.

—Si eso es cierto, le mataré... Bueno, tú lo matarás. Y a ella también —dijo.

Chyver se sentó en un diván.

—¿Por qué no averiguas dónde está Arthia? —sugirió.

—¿Yo? —se asombró ella.

—Sí. Vuelve a la residencia de Karstus y dile que has conseguido escapar, aprovechando un momento de descuido mío. Yo me quedaré aquí, por supues-to, esperando a que vengas a verme y me digas dónde tiene Karstus a la SD.

—¿Y si no quiere decírmelo?

Chyver soltó una risita especial. Le pareció que Rúspoli debía reír así, en semejantes circunstancias.

—¿Qué te negará Karstus? —dijo burlonamente.

Valdiss se puso en pie.

—Tienes razón —convino—. Averiguaré dónde está Arthia. Pero luego tú te encargarás de Karstus y de ella.

—Dalo por hecho —contestó Chyver—. Sin embargo, te agradeceré me expliques una cosa.

—¿Si?

—¿Qué ventajas obtendrás con la eliminación de la pareja?
Valdiss sonrió extrañamente.
—En caso de muerte de la SD y según la ley uhlhumita, el ministro presidente accederá a su puesto, con derechos hereditarios, siempre que se de-muestre que no ha tenido nada que ver con esa muerte.
—¿Hay manera de probarlo?
—Las máquinas interrogadoras. No es posible mentir. Y Sphanor no sabe nada de lo que ocurre.
—Estoy por pensar que le gustas bastante a Sphanor.
Ella volvió a sonreír.
—Le enloquezco —respondió—, Pero es repugnantemente honesto y no se atreve a hacer algo para separarme de Karstus.
—Si es honesto, quizá emplee en ti una máquina interrogadora.
—Los honestos son tontos, porque confían en los demás. Sphanor creerá to-do lo que yo le diga. Ni en sueños se le ocurrirá pensar que todo esto lo he he-cho yo. Y tú no se lo dirás, ¿verdad?
—Si te casas con Sphanor, ¿cuál será mi recompensa entonces?
Valdiss lanzó una triunfante carcajada.
—Tendré la configuradora a mi disposición y podrás elegir el cuerpo que más te agrade —respondió.
Chyver se quedó solo.
Cansado, se tendió en el diván y cerró los ojos.
Empezó a pensar en todo lo ocurrido. Había demasiadas ambiciones; la cosa no era tan sencilla como en sus historietas.
Karstus tenía sus propias ambiciones, pero Valdiss no le iba a la zaga. Chyver compadeció al primero; el peor enemigo de un hombre era una mujer ambiciosa.
—Así pues, Valdiss no quería eliminar a Arthia por quitarse de en medio a una rival en amores, sino por ocupar su puesto —dedujo finalmente.
Era una solución lógica a sus reflexiones. Pero, de pronto, hubo algo que le hizo estremecerse.
—¿Qué hubiera sucedido de estar Arthia en su dormitorio?

En aquellos instantes, estaba poseído por el espíritu de Jan Rúspoli, hombre desalmado y sin conciencia. Tembló de terror al pensar que, durante unos ins-tantes, había estado a punto de clavar el puñal en el pecho de una mujer inocente.

Tendría que hacer verdaderos esfuerzos para dominar los instintos sanguinarios de Rúspoli. Luego, cansado, sintió que el sueño le vencía y se durmió profundamente.

CAPÍTULO IX

La voz de Valdiss le despertó súbitamente:

—¡Jan!

Chyver abrió los ojos.

—Hola, Valdiss —saludó—. Perdona que me haya dormido, pero estaba muy cansado y...

—Ven, acércate a la pantalla. No estoy en mi casa, sino en la de Karstus.

Chyver respingó. Sólo entonces se dio cuenta de que Valdiss le hablaba a través de un videófono, cuya pantalla era considerablemente mayor que las em-pleadas en la Tierra.

Levantándose, cruzó la estancia y se situó ante el aparato.

—Dime, Valdiss.

—He averiguado dónde está Arthia. ¿Conoces el lago de Cristal?

—Ni idea —respondió él—. ¿Dónde está?

—Al otro lado del desierto de Shivur. Sal de mi casa y vuela recto con rum-bo de trescientos cinco grados y a quinientos kilómetros por hora. Cincuenta minutos después de haber partido y desde una cota de tres mil metros, divisarás el lago.

—Entiendo. ¿Qué más?

—Karstus tiene allí una residencia subacuática, a doscientos cuarenta metros de profundidad. Ese es el lugar donde ha llevado a Arthia.

—¡Caramba, Valdiss, pero yo no soy especialista en inmersiones submarinas! —protestó Chyver.

—Mi bote puede navegar bajo el agua. En el cuadro de mandos tiene un detector, que te indicará la presencia de la barrera de minas que protegen la residencia.

—¡Atiza, hasta minas!

—Sí, claro; Karstus se defiende por todos los medios. Pero podrás pasar a la esclusa sin mayores dificultades, haciendo estallar las minas mediante el cañon-cito eléctrico que tiene mi

bote y que se acciona por el pulsador rojo que verás en el cuadro de mandos, tantas veces como lo desees, hasta cien.

—Tampoco tú te privas de nada, ¿eh?

—Karstus me regaló el bote —explicó Valdiss.

—Bien, y una vez salvada la barrera de minas...

—Sitúate frente a la esclusa, que verás fácilmente, ya que no por nada se le llama a ese lugar el lago de Cristal. Envía siete destellos rápidos, cuatro largos y dos doblemente largos. La primera compuerta se abrirá automáticamente. En-tonces, haz fuego de nuevo. La segunda compuerta no podrá resistir los impactos y las aguas se precipitarán en el interior de la residencia.

—Será suficiente, en efecto —rió Chyver—. ¿Algo más?

—No, eso es todo —sonó una voz que no era la de Valdiss.

Algo rodeó de pronto el esbelto cuello de la mujer.

Sonó una imprecación:

—Maldita traidora...

Valdiss lanzó un horrible chillido. Morbosamente fascinado, Chyver contempló la ejecución de la ambiciosa.

Las manos de Karstus eran fuertes y el lazo que sostenía por sus extremos no era un simple cordón de seda, sino una delgada lámina de metal, afiladísima por uno de sus bordes. Karstus pegó un seco tirón y la cabeza de Valdiss saltó por los aires, separada de su tronco.

Karstus se echó hacia atrás, a fin de evitar ser salpicada por los torrentes de sangre que brotaban del cuello sin cabeza. Aquél, se dijo Chyver, mientras vol-vía la cabeza a un lado, era el final de una mujer tan llena de ambición como carente de escrúpulos.

Karstus volvió a gritar, ahora dando una orden:

—Ese individuo está en la residencia privada de Valdiss. ¡Vaya a buscarlo inmediatamente, Adsir!

Pero Chyver se dijo que lo que menos le convenía era que los esbirros de Karstus le encontrasen en aquella casa y así, un minuto más tarde, embarcaba en el bote volador y partía a toda velocidad hacia el lago de Cristal.



—¡Qué aventuras! —se dijo, cuando divisó a lo lejos la pulida lámina de plata que era el lago—. Ni siquiera yo habría ideado unas peripecias semejantes.

Perdió altura. Si se daba prisa, llegaría a tiempo, antes que Karstus a su residencia subacuática. El lago, a medida que avanzaba, le parecía más y más grande, lo que le desconcertó, porque, pese a su anunciada transparencia, le parecía que sus mismas enormes dimensiones iban a dificultar, o quizá impedir, el hallazgo del lugar donde estaba escondida Arthia de Smaror.

De repente se le ocurrió una idea, basada en la misma transparencia del lago. En lugar de perder altura y una vez hubo traspasado la vertical de la ori-lla, evolucionó sobre aquella superficie acuática. Si era transparente como decía, la residencia de Karstus tenía que verse a la fuerza desde la altura.

Minutos más tarde, vio una masa confusa en las profundidades del lago. Como toda masa acuática de semejantes características, su cota máxima no al-canzaba grandes cifras. No obstante, a doscientos cuarenta metros de profundidad, era preciso tener en cuenta que la presión sería equivalente a veinticuatro atmósferas.

El bote volador debía de resistir aquella presión, así lo había anunciado la ambiciosa Valdiss. Chyver inició el descenso y, a pocos metros de la superficie, refrenó la velocidad lo suficiente para no temer consecuencias nocivas del cho-que con el agua.

Dadas las precauciones tomadas, el impacto resultó apenas apreciable. Chyver continuó manejando los controles en posición de profundidad y a los pocos momentos se había hundido cosa de un centenar de metros.

Sentíase vivamente admirado de la transparencia de aquellas aguas. En la Tierra era un fenómeno desconocido, incluso en los países tropicales. Allí le parecía estar sumergido en un medio más denso que el aire, pero poco menos

transparente.

La visibilidad, sin embargo, se redujo un tanto al llegar a la cota de doscientos metros. Aun así, el campo visual alcanzaba sin dificultad hasta medio kilómetro.

Peces de todos los colores y de formas inimaginables vagaban por aquellas aguas de increíble claridad. Abundaban las plantas subacuáticas y se divisaban acumulaciones de lo que parecían corales, de formas fantásticas, como salidas de la mente dé algún pintor de gran imaginación. Chyver procuraba grabar en su memoria todo lo que captaba su retina. Tal vez, se decía, un día podría obtener provecho de aquel singular espectáculo.

De repente, vio las minas.

La reacción fue instintiva y el bote se detuvo en el acto.

Abstraído en la contemplación del panorama subacuático, no se había percatado de las indicaciones del detector. Procuraría en lo sucesivo estar más atento a los mandos del aparato.

—El menor descuido puede costarme el pellejo..., y Jan Rúspoli no es precisamente un descuidado —se dijo.

La barrera de minas estaba frente a él, a cosa de ciento cincuenta metros, una especie de red vertical, que rodeaba por completo la gran cúpula semi-esférica que se hallaba a unos cuatrocientos metros de distancia.

La cúpula era transparente, salvo en algunos puntos lógicos, como los cuartos de baño y aseos. Chyver conectó el visor telescópico y pudo ver una esbelta forma femenina, vagando aburridamente por una gran estancia con aspecto de salón.

—Bien, reina Arthia, dentro de unos minutos, tú y yo vamos a tener una conversación muy excitante —murmuró para sí.

Retrocedió cien metros más y disparó el primer proyectil eléctrico, con objeto de comprobar el funcionamiento del arma. Delante de él se encendió un vivísimo resplandor.

La explosión zarandeó fuertemente el bote. Chyver llegó a asustarse y pensó que las siguientes descargas debían ser

disparadas desde una distancia superior.

Arthia había captado la explosión y se pegó a la pared de su encierro, contemplando ansiosamente lo que sucedía. Estaba segura de que alguien venía a libertarla.

Más descargas brotaron del cañoncito. Una serie de chispazos se encendió en las profundidades del lago. Al cabo de unos momentos, Chyver suspendió el fuego.

Rota la barrera, el conjunto de minas que no habían explotado, se desmoronó, hundiéndose hasta el fondo. El terrestre lanzó un suspiro de alivio.

—Paso libre —dijo.

El bote avanzó suavemente hasta la esclusa. Chyver se preguntó cómo conseguiría penetrar en el interior de la cúpula. De pronto, y para asombro suyo, vio que se abría la compuerta exterior.



La esclusa era lo suficientemente grande como para contener una nave de tamaño doble que la suya. Chyver maniobró con grandes precauciones. Al otro lado, tras la compuerta interna, asimismo transparente, como la mayor parte del conjunto de la cúpula, se veía a Arthia.

El parecido con Slinia era sorprendente. Salvo por el color del pelo, podría haberse dicho que eran hermanas gemelas. Chyver dudó incluso de que no lo fueran.

Arthia le hizo señas de que esperase. Chyver comprendió fácilmente y esperó.

Potentes bombas vaciaron de agua el interior de la esclusa. Al cabo de unos minutos, Chyver pudo salir del bote.

Arthia abrió la compuerta interna.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo... —Chyver dudó un momento y al fin dio el nombre que correspondía a su actual apariencia física—. Soy Jan Rúspoli y he venido a salvarte.

—No te conozco —manifestó ella.

—¿Digo que vengo a salvarte y desconfías de mí?

Arthia se sonrojó. Chyver apreció que era bellísima.

—Dispénsame, aunque debes tratar de comprender la situación en que me encuentro —dijo.

—No te preocupes más, pero, dime, ¿cómo has conseguido abrirme, si se supone que estás aquí prisionera?

Arthia sonrió amargamente.

—Supongo que sabes quién me secuestró —dijo—. En tal caso, no te resultará extraño conocer sus sentimientos.

—Karstus me parece un pájaro de cuidado —observó Chyver.

—Nunca creí en su doblez. Me lo avisaron, pero no quise prestar atención a lo que estimaba malevolencia contra un ministro hábil y competente. Ahora he tenido las pruebas y no han dejado en mal lugar a quienes me aconsejaban des-confiase de Karstus.

—Se puede ser competente en una cosa y también un traidor —dijo el terrestre sentenciosamente—. Pero todavía no me has dicho...

—Karstus sabía que yo no podía escaparme de aquí. Pero disfrutaba pensando en que yo tenía los medios para huir y no podía utilizarlos. Me refiero, claro está, al mando de apertura de la esclusa. ¿Cómo escapar de aquí, sin una nave adecuada?

—Tienes razón —convino Chyver—. Sin embargo, ahora ya dispones de esa nave y, dentro de poco, estarás de nuevo en tu palacio.

Arthia se irguió majestuosamente.

—Si me reintegras a mi puesto, podrás pedirme la recompensa que desees —declaró.

Chyver soltó una risita.

—Precisamente por la recompensa es por lo que estoy aquí —contestó.

CAPÍTULO X

Arthia le miró un tanto intrigada.

—Yo creí que tus móviles eran un poco más desinteresados —dijo.

—Nunca trabajo si no es por una recompensa —insistió él.

—Bien, te lo he prometido y lo cumpliré. ¿Cuál es la recompensa que deseas?

—En otro momento, ¿no te parece? Ahora creo que lo que más nos conviene es largarnos de aquí.

—Sí, vámonos.

Entraron en el bote. Arthia dijo:

—Da media vuelta.

Chyver hizo lo que le ordenaban. La compuerta funcionó y las aguas irrumpieron lentamente en la esclusa.

Pero, de súbito, la compuerta se abrió de golpe. Un tremendo torbellino de agua irrumpió con fuerza gigantesca, lanzando la embarcación contra la otra compuerta, que cedió al impacto.

Las aguas se precipitaron rugientes en el interior de la esclusa. Chyver y Arthia se sintieron brutalmente zarandeados por aquel oleaje, que sacudía al bote como una cáscara de nuez.

Chyver se sentía aturdido, sin comprender los motivos de aquel pequeño cataclismo. De pronto, se produjo una espantosa explosión.

Las aguas habían penetrado en la cúpula, provocando la compresión del aire necesario para la respiración de las personas. El nivel de las aguas había ascendido hasta un punto en que los muros transparentes no pudieron resistir más la presión y cedieron como si fuesen de simples planchas de hojalata.

La agitación de las aguas se calmó poco a poco. Chyver recobró la serenidad.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado aquí? —exclamó—. ¿Cuál es el fallo, Arthia?

Ella le señaló una forma confusa que se movía lentamente en el seno de las aguas.

—Me había olvidado del pulpo guardián de Karstus —dijo.

Chyver miró en la dirección que ella le indicaba y, en el acto, sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Olvidé decírtelo antes —murmuró Arthia.

El terrestre contempló fascinado el gigantesco cefalópodo que se cernía sobre ellos a cosa de un centenar de metros más arriba. Chyver calculó que los tentáculos del pulpo no medirían menos de cincuenta o sesenta metros de longitud por cinco o seis de grosor. El cuerpo tenía unas dimensiones proporcionadas y en su parte interior se veía una colosal boca-pico, armada con unos dientes de más de un metro de longitud.

—Una sola dentellada y nos destrozará —aseguró la joven.

—Tengo proyectiles eléctricos —dijo Chyver.

—No sirven. Sólo un proyectil disgregador de gran calibre, podría acabar con la bestia. Karstus la capturó hace veinte años y la trajo aquí. Un científico a-migo suyo acondicionó el cerebro rudimentario del pulpo, para que fuese ami-go de Karstus y hostil a todos los demás, cuando él estuviese ausente del lago.

—¡Qué angelito! —comentó el terrestre con agudo sarcasmo.

El gigantesco octópodo agitaba lentamente sus tentáculos, sin moverse apenas del punto en que se hallaba. A Chyver le daba la sensación de ser un buitre, refocilándose de antemano con la presa que ya tenía por suya.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Arthia, nuestros proyectiles no sirven, pero quizá podamos eliminar a esa bestia —dijo.

—¿Cómo? —preguntó ella, con súbito interés.

—Aguarda y lo verás.

Estaban sujetos ambos a los asientos por un arnés especial que funcionaba automáticamente, al sentarse. Con grandes precauciones y sin perder al pulpo de vista ni un solo instante, Chyver hizo retroceder al bote, pasando por encima de las ruinas de la casa subacuática.

Ahora comprendía los motivos del desastre. Alguno de los tentáculos del pulpo había abierto bruscamente la compuerta, provocando la irrupción de las aguas en el recinto. El animal había presentido la presencia de un extraño en el lugar que le había sido encomendado vigilar y, fiel a sus instrucciones, había atacado.

—Es inútil que trates de huir —dijo Arthia—. El pulpo nos alcanzará.

—No pretendo huir, sino todo lo contrario —contestó Chyver, a la vez que detenía el aparato.

Repentinamente, dio toda la potencia.

El bote partió a gran velocidad, hacia adelante. Los tentáculos del pulpo se separaron, como si quisiera atrapar a la presa que se dirigía rectamente hacia él.

A cada segundo que transcurría, Chyver notaba un sensible incremento en la velocidad del artefacto. Ahora, calculó, debían moverse a más de doscientos kilómetros por hora.

El bote volador era ahora, literalmente, un proyectil, de forma ahusada, que se movía como salido de la boca de un gigantesco cañón. El pico del pulpo se hizo espantosamente grande.

De pronto, Chyver lanzó un agudo grito:

—¡Arthia, agárrate bien!

La nave atravesó el espacio que había entre los tentáculos y enfiló directamente la boca-pico. Hubo un terrible choque y una sensible pérdida de velocidad, pero el aparato no detuvo por ello su marcha. Casi en el acto, se produjo una formidable explosión de tinta negra.

Un segundo después, Chyver notó que el bote volvía a recobrar su velocidad inicial.

—¡Pasamos! —gritó triunfalmente.

Y se volvió en su asiento.

A través de la nube negra, sobresalían los largos tentáculos del cefalópodo, que se debatía en las convulsiones de la agonía, destrozado por aquel tremendo proyectil que lo había atravesado de parte a parte. Instantes después, se vio claramente que el pulpo descendía con cierta lentitud hacia el

fondo del lago.

El enorme orificio abierto por el bote era claramente visible en la parte superior del cuerpo del pulpo. Arthia lanzó una alegre carcajada.

—Karstus se pondrá muy furioso cuando conozca la noticia —dijo.

Chyver sonrió para sí.

Arthia ya estaba libre. Ahora volvería con ella a palacio y le exigiría el pago de la recompensa.

El bote emergió a la superficie, de la que salió oblicuamente. Pero casi en el acto, Chyver tuvo que frenar bruscamente para no chocar con una nave que aguardaba a pocos metros de distancia.

—Estamos perdidos —exclamó.

Una voz sonó de pronto en el interior del bote.

—Randy, si estás ahí con Arthia, entrégate —pidió Slinia—. No nos obligues a recurrir a procedimientos drásticos, por favor.



La muchacha vestía ahora una blusa muy ajustada, con el inevitable triángulo de uniforme, pantalones cortos y botas blandas, de media caña. Una de sus manos estaba en la cadera, a la vez que en su rostro se dibujaba una expresión de perplejidad.

—No sé qué pensar de ti —dijo.

—Piensa lo que gustes; todo me da igual —contestó él—. Pero he salvado a Arthia y ella me ha prometido que me dará la recompensa que yo quiera.

—¿Qué es lo que piensas pedirle? —preguntó Slinia, curiosa.

Chyver le guiñó su único ojo.

—Arthia es soltera —insinuó.

Ella se puso roja de ira.

—¿Crees que podría conceder su mano a un monstruo como tú? —exclamó coléricamente.

—¿Hay algún obstáculo de tipo legal que lo impida?

—No, pero no le irás a pedir que...

—Slinia, escúchame. Estoy en Uhlhum y no precisamente por mi voluntad. Vosotros me habéis embarcado en una serie de aventuras que me están haciendo encanecer a marchas forzadas. Ni siquiera sé si volveré algún día a la Tierra, así que, si he de quedarme aquí, por lo menos, procuraré darme buena vida.

—Pero Arthia no querrá...

Chyver se encogió de hombros.

—No he dicho que su mano vaya a ser la recompensa que ha de otorgarme —atajó—. Pero si lo reclamo, tendrá que concedérmelo.

—Veremos —dijo ella—. Todo esto no impide que nos sintamos enormemente agradecidos hacia ti. Pero quizá te convenga saber algo interesante.

—¿Si?

—Karstus ya no tiene el materializador ni la configuradora.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Chyver.

—Recibió una orden digamos real y no le quedó otro remedio que cum-plirla. Esos dos aparatos están ahora, en lugar seguro, en palacio.

—Lo celebro infinito, aunque me parece que va a ser muy difícil que me meta otra vez en esa maldita configuradora.

—¿Cómo? ¿No quieres tomar la figura de Banders? —se asombró Slinia.

Chyver sonrió ambiguamente.

—Lo que quiero decir es que no tengo ganas de correr riesgos —contestó—. No me gustaría encontrarme de nuevo con un segundo Rutts y aparecer con otra figura distinta. A fin de cuentas, estaba muy contento con la de Randy Chyver.

Slinia se encogió de hombros.

—Allá tú —dijo—. Pero confío en que no nos negarás tu colaboración. Para eso te trajimos aquí.

—Sin prometerme la menor recompensa.

—Randy, ¿desde cuándo te has vuelto tan interesado? —exclamó ella, sulfurada.

—Lo hace el cuerpo de Rúspoli, que no era un santo, precisamente. A decir verdad, hay ocasiones en que me siento inclinado a la maldad. —Muy pensa-tivo, Chyver añadió—: Creo que si Arthia hubiera estado en su lecho cuando entré en palacio, la habría apuñalado.

Ella se estremeció.

—Randy, no hablarás en serio —dijo.

—Esta no es cosa de broma —replicó él, ceñudo.

Y, de pronto, el comandante de la nave entró en la cámara.

—Señora...

Slinia se volvió hacia el oficial.

—¿Capitán?

—Lo siento, señora; la nave no puede moverse del lugar en que nos halla-mos.

CAPÍTULO XI

Chyver se precipitó hacia una de las lucernas y halló que se encontraban todavía a pocos metros de la superficie del lago.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Los motores no funcionan. Ignoramos la causa, pero...

Chyver se volvió hacia Slinia.

—¿Son corrientes esas averías? —preguntó.

—Por supuesto que no. Y me extraña mucho...

El terrestre miró suspicazmente al hombre que tenía ante sí. De pronto, vio que en la frente del comandante aparecían unas minúsculas gotitas de sudor.

Todavía conservaba el puñal con el que debía haber dado muerte a Arthia. De súbito, lo sacó y saltó hacia adelante, para agarrar al uhlhumita por el cuello con una mano, mientras que la otra le servía para apoyar la punta del acero sobre la carne.

—¡Eres un traidor! —rugió—. Estás al servicio de Karstus.

El capitán se puso lívido de espanto.

—No me mates, señor —rogó abyectamente—. Déjame vivir y te lo diré todo...

—Habla —exigió Slinia, que había comprendido la verdad.

De repente, se oyeron gritos en otros lugares del aparato:

—¡Vienen naves! ¡Parecen enemigas!

Chyver se volvió hacia Slinia, sin por ello soltar al traidor.

—Ahora se hace todo más claro —dijo—. Este tipo ha avisado a Karstus de que estábamos aquí y ha fingido la avería, para darle tiempo a que llegue y nos sorprenda.

—A ti y a mí nos matará —exclamó Slinia muy pálida.

—No será mientras yo pueda. —Chyver lanzó de pronto una carcajada—. Nunca me imaginé que Jan Rúspoli se pusiera algún día al servicio del bien y de la justicia.

De súbito, golpeó la frente del capitán con el puño del cuchillo. El uhlhumita lanzó un rugido y se desplomó sin conocimiento.

—Vamos, Slinia —dijo a continuación.

—Pero, ¿adónde? ¡No tenemos escapatoria!

Chyver enfundó nuevamente el cuchillo y, agarrando la mano de la joven, tiró de ella sin ceremonias.

—¿Sabes nadar?—preguntó, mientras corrían a lo largo de un pasillo—. Porque si no sabes, corres el riesgo de morir ahogada —añadió cáusticamente.

Al final del corredor había una escotilla. Chyver la abrió y, sin solución de continuidad, saltó al vacío, sujetando firmemente la mano de la muchacha.

—¡Contén la respiración! —gritó, mientras caían hacia el lago, situado a veinte metros de distancia.

Minutos después, la nave había sido invadida.

Karstus se enfrentó con Arthia, que permanecía descansando en una de las cámaras.

—Todos los esfuerzos de ese terrestre han resultado inútiles —dijo, rebosante de satisfacción.

—Ah, ¿era el terrestre? —se sorprendió Arthia.

—Ignoro por qué te ocultó el hecho, pero carece de importancia. Te diré una cosa: ahora eres mi prisionera y, créeme, te llevaré a un sitio donde nadie te encontrará jamás. Puedes estar segura de que permanecerás allí hasta que consientas en ser mi esposa.

—Nunca...

—Entonces, un día me hartaré y te cortaré el cuello.

—No sería la primera, ¿verdad? —dijo Arthia burlonamente.

Karstus lanzó un bufido. Pero antes de que pudiera seguir hablando, Adsir entró en la cámara.

—Señor, siento informarle que Slinia y Rúspoli consiguieron escapar —dijo.

—¿Hacia dónde han huido? —preguntó Karstus.

—Se lanzaron al lago. No se les ha vuelto a ver más.

Karstus se acarició la barbilla pensativamente.

De pronto, sonrió.

—Se me acaba de ocurrir una buena idea —dijo—. No han podido ahogar-se, puesto que no se habrían tirado al agua, de no saber nadar. Tratan de escapar así, nadando hacia la orilla,

que no está muy lejos. Pero nunca alcanza-rán esa salvación. Adsir, ordena lanzar unas cuantas bombas térmicas. Vamos a ver si los cocemos vivos.

Arthia lanzó un gemido de horror al oír orden tan inhumana. Pero no tenía medios de evitarlo.

Adsir saludó respetuoso, disciplinadamente.

—Sí, señor.

Y salió, dispuesto a cumplir el mandato.



Al zambullirse en el agua, Chyver, se preguntó si Rúspoli sería tan resis-tente como lo había hecho en sus historias gráficas. Una de las facultades de Rúspoli era la de poder soportar hasta cinco minutos dentro del agua, sin res-pirar, pero no podía decir lo mismo de la muchacha, cuya resistencia, al res-pecto, desconocía por completo.

De todos modos, ella parecía ser mejor nadadora de lo que él, desconfia-damente, había calculado. Con los ojos abiertos, se hablaron por señas. Slinia le dijo que debían nadar en determinada dirección.

Una vez emergieron fuera del agua, para renovar la provisión de aire en los pulmones, y vieron varias naves rodeando a la capturada. Se sumergieron de nuevo, confiando que en el lógico alboroto de la invasión, pasarían algunos minutos antes de que se diesen cuenta de su ausencia.

Cuando se sumergían, alcanzaban los ocho o diez metros de profundidad. Slinia se despojó de algunas prendas de ropa, a fin de nadar con más como-didad.

De pronto, en una de las salidas a la superficie, Chyver se dio cuenta de que se alejaban de la orilla.

—Eh, ésta no es la dirección corriente…

—Es precisamente la opuesta a la que ellos calcularán que hemos tomado —alegó Slinia.

De súbito, vieron brotar a lo lejos unas nubecillas de vapor.

—Bombas térmicas —dijo ella—. Todo lo que haya dentro del agua, morirá cocido, en un radio de trescientos metros.

—Y me buscaron a mí, porque tenía imaginación —se escandalizó el terrestre.

Continuaron nadando. De pronto, Chyver vio pasar por su lado un enorme pez, de forma ahusada y piel que parecía muy suave. La imagen de un delfín de agua dulce acudió en el acto a su mente.

—Vamos a ver si es tan manso como los delfines terrestres —se dijo.

El pez medía cinco o seis metros de largo. Chyver saltó sobre su lomo y se agarró a la aleta caudal. Slinia, viva como una centella, le imitó en el acto, aferrándose a la cintura del joven con ambas manos.

Inclinándose hacia adelante, Chyver pegó con una mano bajo la cabeza del animal. El pez pareció entender y se elevó hasta rozar con su lomo la superficie del agua.

Una alegre carcajada brotó de sus labios cuando pudo hablar sin dificultades.

—¿Qué te parece este caballito, Slinia?

—Tienes una imaginación portentosa —dijo ella—. A mí nunca se me hubiera ocurrido...

—Muchacha, atravesar nadando el lago de Cristal es una tarea demasiado fatigosa, aun para un tipo tan robusto como Rúspoli. Pero creo que él, en mis circunstancias, habría hecho lo mismo.

—¿Lamentas mucho tu aspecto actual?

—¿De qué serviría quejarme?

—Te haremos ser tan apuesto y arrogante como Ralph Banders.

—Estabais muy enterados de mis trabajos, a lo que parece.

—Bastante. Teníamos espías en tu planeta y nos informaban de lo que hacíais. Un día, pensábamos, entablaríamos contacto con vosotros, pero entre-tanto, surgió el conflicto...

—¿Y no lo predijo vuestra supercomputadora?

—No, claro que no. Aunque, mejor dicho, cuando lo

vaticinó, ya era tarde para ponerle remedio por métodos digamos civilizados.

—Me parece que aquí también confiáis demasiado en las máquinas. Un día me gustaría echarle un vistazo a ese trasto.

—Lo dudo mucho

—¿Por qué?

—Depende del ministro de Finanzas. Y no creo que Karstus te otorgue ese permiso.

—Es comprensible —dijo Chyver—. Pero, dime, ¿cómo no le obliga Arthia a la dimisión?

—¿Qué motivos razonables podría alegar? Como ministro de Finanzas, no ha habido otro mejor que Karstus en muchos decenios. Pero, claro, la compu-tadora no pudo predecir sus ambiciones.

—¿No pudo predecirlas o las manipuló él?

Slinia se quedó muy pensativa.

—Ahora mismo no sabría darte una respuesta aceptable —dijo.

—En tal caso, tendremos que echarle un vistazo a la supercomputadora. Si fue capaz de predecir que yo sería el remedio para esta situación conflictiva, ¿por qué no anunció los planes de Karstus?

—Estás sembrando la duda en mi espíritu, Randy.

—Para mí, esas dudas no existen, Slinia.

Ella guardó silencio de nuevo.

—Quizá si convenga examinar la supercomputadora —dijo al cabo de un rato.

—¿Tú sabes dónde está?

—Por supuesto.

—Entonces, cuando hayamos descansado lo suficiente, me guiarás hasta esa máquina fallona.



Una hora más tarde, avistaban la orilla.

Su cabalgadura acuática les abandonó de repente, sin previo aviso. Chyver y Slinia se vieron obligados a cubrir a nado el resto de su viaje, aunque ya era cosa de sólo medio kilómetro.

—Ese pez no vive en aguas de escasa profundidad —explicó ella.

Chyver asintió. Minutos más tarde, ponían el pie en tierra firme, aunque la orilla propiamente dicha, debido a la suave pendiente del fondo, se hallaba todavía a treinta o cuarenta metros.

Anochecía. No obstante, la visibilidad era buena.

Abundaban los peces. No parecían sentir recelo de los humanos, lo que fue aprovechado por Chyver para atrapar un par de ellos, simplemente con las manos desnudas.

Los peces eran de buen tamaño, semejantes a truchas terrestres.

—Nos llenarán el estómago cuando estén asados, aunque sea sin sal —dijo, satisfecho, mientras se sacudía el agua del cuerpo con los mismos movimientos de un can mojado.

—¿Con qué encenderás el fuego? —se asombró Slinia.

Chyver emitió una risita.

—Espera a que termine de secarme y lo verás —contestó.

Minutos más tarde, había reunido una buena provisión de una hierba muy fina y completamente seca, que pulverizó mediante fricción con las manos. Slinia, por su parte, buscaba ramas secas.

Chyver sacó el puñal que conservaba todavía. Buscó un buen guijarro y, colocando ambas cosas sobre la yesca improvisada, golpeó el acero contra la piedra. Saltaron un par de chispas y la yesca prendió de inmediato.

Soplando suavemente, aumentó la brasa. Unas ramillas muy finas le sirvieron para conseguir las primeras llamas.

Sentada sobre sus talones, Slinia le contemplaba con admiración.

—Tienes recursos para todo —dijo.

—En estos momentos soy dos personas: Randy y Jan.

—Uno defiende el bien. El otro es el mal personificado.

¿Cuál de ambos vencerá?

—Procuro que gane el primero.

—¿Y si es derrotado por el segundo?

—¿Tan mal me quieres?

—Estoy resentida contigo —declaró ella—. No puedo olvidar que nos abandonaste en Shivur…

—Tenía mis planes —dijo Chyver.

—Todavía los ignoro.

—Las circunstancias los han aventado. Pensaba convencer a Karstus de que le convenía tomarme a su servicio. El, por su parte, quería hacer lo mismo, pensando en que yo aceptaría, confiando en la recompensa que me iba a ofrecer.

—¿Cuál sería esa recompensa?

—La figura de Banders, naturalmente. Pero me encontré con Valdiss y las cosas cambiaron.

—Lo siento. La configuradora está en palacio. Tendrás el cuerpo de Banders, te lo prometo.

Mientras hablaban, había crecido el fuego satisfactoriamente. Chyver preparó un asador y colocó los peces sobre las llamas.

Una hora más tarde, cansados y exhaustos, dormían profundamente sobre la misma hierba de la orilla.

CAPÍTULO XII

Al despertarse, ya con el sol de Uhlhum muy alto, Slinia se vio sola y sintió pánico.

—¡Randy! —gritó.

El terrestre tardó algunos minutos en contestar a las voces que daba la muchacha. Súbitamente, Slinia le vio aparecer a través de la espesura vegetal que contorneaba el lago, llevando tras sí, sujeto por una cuerda, a un extraño animal de seis patas, de figura vagamente parecida a la de un caballo.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, atónita.

Chyver lanzó una risita.

—Rúspoli es siempre muy astuto, no lo olvides —contestó —. Esta madrugada, mientras tú dormías, oí una especie de relinchos y me levanté a enterarme de la clase de bicho que los producía. Entonces vi a unos cuantos de estos animales y me pregunté si se podrían montar. Pero como ellos no me lo iban a decir, evidentemente, trencé una cuerda con fibras y atrapé uno a lazo. Luego probé y... Bueno, me ha costado un poco domarlo, pero su genio no se puede comparar con el de un bronco terrestre.

—¿Piensas hacerlo servir de montura para nosotros?

—Debemos evitar el cansancio mientras nos sea posible —contestó él, a la vez que acariciaba el cuello de la bestia—. Por cierto, he visto por ahí unos frutos de aspecto muy apetitoso, pero no me he atrevido a tocarlos. Desconozco la botánica uhlhumita.

Slinia sonrió.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó.

—Bueno, son esféricos, de piel fina y brillante, de color rojo fuerte...

—Son ciruelas. Sabrosas y nutritivas.

Chyver ató el ronzal a un arbusto.

—En ese caso, vamos a desayunar —propuso alegremente.

Media hora más tarde, se disponían a emprender la

marcha.

Chyver contempló a la joven con mirada crítica.

—La verdad, no ofreces un aspecto muy satisfactorio —dijo.

Slinia se ruborizó, ya que su cuerpo estaba cubierto solamente con un mínimo de prendas. Incluso se había descalzado, a fin de nadar mejor.

—Ya me vestiré cuando lleguemos a palacio —dijo.

—Lo siento, nena; antes iremos a la computadora.

—Pero...

—Iremos adonde he dicho —insistió él firmemente—. Primero, por averiguar qué manipulaciones ha hecho Karstus en ese trasto. Y, segundo, como es lógico, para averiguar dónde tiene ahora a la SD.

Slinia se sentía estupefacta.

—Pero, ¿es que tú sabes manejar la supercomputadora? —exclamó.

Chyver rió con firmeza.

—Preciosa, no tienes la idea de la cantidad de recursos que alberga en su sesera ese simpático granuja de Jan Rúspoli. Y ahora que lo pienso, Rúspoli me está gustando cada vez más y me parece que voy a hacer que deje de ser el «*malo*» sempiterno.

—¿Cómo? —exclamó ella, atónita.

—A decir verdad, ya tenía un poco atragantado a Ralph Banders, siempre tan pulido, tan gallardo..., y tan asquerosamente guapo. Si vuelvo a la Tierra, haré que resulte derrotado un par de veces, aunque luego él y Rúspoli acaben por hacerse amigos y combatan juntos el mal.

—La verdad, no te entiendo..., ni comprendo qué tiene que ver esto que dices con la supercomputadora.

—Tienes razón; divagando, me había ido por otros derroteros. Pero lo que quise decir es que el asunto de manejar la supercomputadora está resuelto.

Terminado el frugal desayuno, Chyver desató al caballo hexápodo y saltó sobre su lomo. La altura del animal correspondía más o menos a la de un con-género terrestre, pero

Chyver calculó que por el hecho de su superior longitud y disponer de seis patas, no sólo podría alcanzar mayor velocidad, sino que ten-dría también una resistencia infinitamente superior.

Le interesaba resistencia más que velocidad. Sonriendo de un modo extraño, que hizo ruborizarse a la joven, se inclinó a un lado, alargó el brazo izquierdo y la izó a pulso hasta la grupa.

—Agárrate bien —recomendó.

—Sí, Randy.

Chyver taloneó al animal, azuzándolo al mismo tiempo con una ramita que había cortado a modo de fusta.

La bestia partió de inmediato a todo galope.



—Si dispusiera de un par de prismáticos... —se lamentó Chyver, dos días más tarde.

—¿Por qué lo dices? —se extrañó Slinia, muy entretenida en vigilar el asado que iba a constituir su cena.

Estaban en los linderos de un bosque particularmente espeso, en donde habían establecido su campamento. El caballo hexápodo, sujeto por el ramal, pastaba apaciblemente a un lado.

En las llamas de la hoguera, se doraban dos piernas de un animal de pequeño tamaño, un tanto parecido al cerdo terrestre, al que Chyver había dado caza con un improvisado venablo hecho con su cuchillo y una rama larga y recta. Durante el viaje, Chyver, cuya vista de águila observaba todo con detenimiento, había encontrado algunas aglomeraciones de sal, lo que les permitía mejorar su dieta.

Ahora, mientras Slinia se cuidaba de la cena, Chyver, en pie, con los brazos cruzados sobre su poderoso torso, contemplaba la colina cónica que se alzaba en el horizonte, recortándose contra el dorado fondo del ocaso. En la cima de la

colma se divisaba la silueta de una construcción debida a la mano del hombre.

—Me gustaría ver ese edificio con más detalles —dijo.

—No es necesario; yo te daré todos los que precises —manifestó la joven—. Pero dudo mucho de que puedas entrar en el edificio donde está instalada la supercomputadora.

Una ligera sonrisa se formó en los labios de Chyver.

—¿Dudas de Rúspoli? —preguntó.

Slinia emitió un bufido de mal humor.

—La cena está lista —anunció evasivamente.

Chyver abandonó el observatorio y se arrodilló frente a ella. Sacó el cuchillo y cortó una tajada de carne, de la que empezó a comer en el acto.

—No eres muy cortés —se quejó ella—. Creí que me ofrecerías el primer bocado...

—La culpa es de Rúspoli —contestó Chyver, con la boca llena—. Siempre fue un tipo mal educado.

Tiró el cuchillo y lo clavó en una de las piernas ya asadas. Slinia lanzó un suspiro de resignación y empezó a comer.

Un poco de fruta cerró la cena, nutritiva y reparadora. Al terminar, Chyver se limpió los labios con el dorso de la mano.

—En Uhlhum, según creo, hay cinco lunas —dijo.

—Sí, pero sólo tres estarán hoy en fase de novación —contestó Slinia.

—Para mí, es suficiente. Bien, empieza a darme detalles del edificio donde está esa condenada máquina.

Slinia habló durante algunos minutos, acompañando, incluso, sus expli-caciones, con sencillos croquis trazados en el suelo, por medio de un palito. Al terminar, Chyver se quedó profundamente pensativo durante algunos minutos.

Ella le contemplaba intrigada y expectante. Al fin, Chyver, con toda tranquilidad, dijo:

—No tenemos prisa; podemos esperar algunas horas.

—Me siento impaciente...

—Domina tu nerviosismo, preciosa. Eso no mejorará la situación de Arthia.

—Temo que ese traidor de Karstus la obligue a ser su

esposa.

—Bueno, siempre queda el recurso de dejarla viuda —rió él.

Y se puso en pie.

Slinia se incorporó también, contemplándole críticamente.

—Randy, quiero hacerte algunas preguntas —manifestó.

—Cuando quieras —accedió él.

—¿Volverás a la Tierra? Quiero decir, al terminar este asunto...

—Allí vivo, hermosa. Con todos sus defectos, es mi planeta y me gusta.

—Espero que te acuerdes de..., de nosotros cuando vivas en la Tierra.

Había melancolía en el acento de la muchacha. Chyver se volvió hacia ella.

—Jamás olvidaré mi estancia en Uhlhum —aseguró rotundamente.

—Tu planeta posee unos atractivos de los que éste carece. Nos recordarás, claro, pero esos recuerdos se irán desvaneciendo con el tiempo y...

Chyver observó que el pecho de la joven aparecía profundamente agitado. Lentamente, se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—¿Crees que es posible olvidar a una mujer como tú?

—Randy, no me toques —dijo Slinia.

El terrestre sonreía. Sus manos bajaron de pronto hasta la cintura de Slinia.

—Por favor, Randy...

Los labios de Chyver buscaron ávidamente los de Slinia. Durante unos instantes, ella contempló a cortísima distancia el horroroso rostro del hombre que la tenía entre sus brazos.

Aquella cara repugnaba, pero, al mismo tiempo, causaba en ella una extraña atracción, que juzgó invencible. Cerró los ojos y se dejó envolver por la mágica fuerza que parecía emanar de todo el cuerpo del hombre que estaba junto a ella.



El edificio era enorme, de forma cúbica y muros absolutamente lisos, como el vidrio, aunque de superficie mate. Desde el punto en que se hallaban, no se divisaba la menor abertura.

Chyver sabía ya que se necesitaba una llave especial para penetrar en el recinto, llave que se encontraba en poder del oficial comandante de la guardia que velaba en el exterior. En cuanto a otros detalles, Slinia le había dicho que el enorme calor generado por el funcionamiento de la supercomputadora estaba contrarrestado por un perfecto sistema de ventilación, cuyas tomas de aire estaban hábilmente disimuladas, fundiéndose con la estructura externa de los muros.

Delante de ellos se paseaba un centinela, aparatosamente ataviado con un casco lleno de plumas, coraza y una corta lanza. Slinia le habla dicho que era más bien decorativa, aunque, en caso necesario, no dejarían de emplear las pistolas disgregadoras.

De pronto, Chyver se puso en pie.

El lazo que tenía en las manos volteó sobre su cabeza y salió disparado a los pocos instantes. Cayó sobre el guardia y, en el mismo instante, Chyver dio un tirón fenomenal.

El guardia salió volando por los aires y cayó a los pies de la pareja. Aturdido, intentó levantarse, pero el puño del terrestre, conectado sin escrú-pulos a su mandíbula, le privó del conocimiento en el acto.

Chyver le quitó el casco y la coraza. Luego arrojó al hombre detrás de unos arbustos. Buscó la lanza a continuación y empezó a pasearse, imitando al uhl-humita en todo.

Slinia, agazapada en las inmediaciones, aguardaba expectante. De pronto, cuando habían pasado treinta minutos, sonaron pasos cercanos.

Chyver continuó sus paseos Un hombre se le acercó.

—¿Alguna novedad? —preguntó el comandante de la

guardia.

—Me parece que sí —respondió Chyver.

Su lanza se apoyó súbitamente en la garganta del oficial.

—¿Qué diablos...?

—Necesito la llave de ese edificio —dijo el terrestre—. Tienes dos opciones: entregarla voluntariamente o dejar que me apodere de ella. Pero si eliges la segunda solución, considérate muerto.

El oficial contempló el horrible rostro que tenía frente a si, vio el brillo que despedía el único ojo y comprendió que el hombre que le amenazaba estaba dispuesto a todo. Resignado, se tocó el pecho.

—La tengo aquí —dijo.

Estaba colgada de un cordón dorado. Chyver alargó la mano izquierda y pegó un tirón.

—Gracias, amigo; ahora, puedes irte.

El oficial cayó en la trampa y giró sobre sus talones. Casi en el acto, Chyver le golpeó en la nuca con el extremo de la lanza.

Un cuerpo humano rodó por tierra instantáneamente. Sonriendo, Chyver se volvió hacia la muchacha.

—Listos, Slinia —anunció.

Ella abandonó su escondite.

—Eres infernalmente astuto —dijo, admirada.

—Soy Jan Rúspoli —contestó él llanamente.

Y echó a andar hacia el edificio, ahora despojado del casco y la coraza, que estimaba un estorbo, aunque conservó la lanza, porque era un arma que podía necesitar en un momento dado.

La llave, en realidad, no era tal, sino una especie de linterna, que emitía unos destellos luminosos de forma automática y de acuerdo con la clave preestablecida por el comandante de la guardia. La clave se cambiaba cada día.

Chyver presionó el botón de contacto, enfocando la llave hacia el muro. A los pocos segundos, un trozo de pared se deslizó en silencio a un lado, dejando ver el interior del edificio, brillantemente iluminado.

CAPÍTULO XIII

El suelo, de color rojizo, espejeaba. Chyver contempló absorto el enorme armatoste metálico que se alzaba en el centro del edificio, y cuyas dimensiones sobrepasaban todo lo imaginable.

Contra lo que había esperado, sólo media docena de lamparitas estaban encendidas en la superficie de metal. La máquina estaba separada de los muros por un espacio de una docena de metros.

La temperatura era elevada, pese a la refrigeración que Slinia le había anunciado. Chyver vio en distintos puntos de los muros las rejillas de los sistemas de aireación. Preguntó a Slinia si no se podían parar y ella le señaló un pequeño cuadro de mandos situado en uno de los muros.

—Pero entonces, la temperatura se elevaría enormemente y la máquina se estropearía, quizá de forma irreparable —declaró.

—Muy bien; sin embargo, a mí me interesa ahora saber cómo funciona.

—Ven —dijo ella.

Slinia le condujo hasta una mesa con teclado, situada frente a una de las fachadas de la computadora.

—¿Qué deseas preguntarle? —consultó.

—¿No puedo hacer yo directamente las preguntas?

—Oh, claro que sí.

Chyver se sentó frente al teclado. Ya había aprendido a distinguir los signos del alfabeto uhlhumita. De pronto, en una de las teclas, divisó un rótulo: «*Consultas verbales*.»

—Hombre, pero si la máquina puede hablar —exclamó alegremente.

Y apretó la tecla a fondo.

Una luz ámbar se encendió en la pared de metal.

—Está lista para funcionar —indicó Slinia.

—¿Me oyes? —preguntó Chyver.

—Sí —contestó la máquina.

—Soy Randy Chyver, de la Tierra. Tú predijiste que yo sería la solución para el conflicto político que se ha planteado recientemente en Uhlhum.

—Sí.

—¿Sigues creyendo en ello?

—Yo no creo; simplemente, emito respuestas a las preguntas que me plantean, de acuerdo con los datos almacenados en mi memoria.

—Eso está bien— aprobó Chyver—. Dime, ¿ha manipulado Karstus en tu memoria?

—Sólo en algunos datos. Pero no borró los que ya estaban registrados en mis circuitos de memoria anteriormente. Puedo dar respuestas de unos y otros, según lo desee el consultante.

—¿Cuáles son los datos que falseó?

—Los personales. Se fabricó un historial mucho mejor del que poseía en realidad.

—Así llegó a ministro de Finanzas —murmuró Slinia.

—¿Qué era Karstus antes de ocupar su cargo actual?

—Oficial comandante de mi guardia —respondió la supercomputadora.

—Ambiciosillo el tipo —rió Chyver entre dientes—. Pero no pudo falsear los datos que se refieren a mí.

—Yo hice la consulta sin su intervención —explicó la joven —. Aunque después, me imagino, Karstus se enteró de que había venido a consultar con la máquina y empezó a actuar.

Chyver se volvió hacia ella.

—¿Podías tú venir aquí a formular preguntas?

Slinia enrojeció levemente.

—Arthia me dio su permiso —contestó.

—Está bien. —Chyver pareció darse por satisfecho con aquellas palabras y se encaró de nuevo con la máquina—. Tú sabes todo, porque almacenas todos los datos que llegan a tu memoria.

—Sí.

—En tal caso, podrás decirnos dónde tiene Karstus ahora secuestrada a la Suprema Directora.

La máquina guardó silencio.

—¿Qué le pasa?—barbotó Chyver—, ¿Por qué diablos no contesta?

—Creo que has formulado mal tu pregunta —sugirió Slinia.

—¿Cómo?

—Además del cargo, debías de haber pronunciado el nombre de Arthia.

—Ah, ya comprendo. ¿Dónde diablos ha escondido Karstus a Arthia?

—En sus habitaciones privadas del palacio —dijo la máquina.

—Slinia, ¿tiene Karstus algún departamento en palacio? —se asombró el terrestre.

—Sí, como todos los ministros —respondió la muchacha—. Y ahora que me doy cuenta, es el lugar más adecuado para esconder a Arthia. Yo creí que la máquina indicaría alguna de las residencias privadas de Karstus. Tiene más, ¿comprendes?; pero, bien pensado, su departamento particular en palacio es el mejor sitio.

—¿Por qué lo crees así?

—Todos esos departamentos tienen comunicación con el de la SD. Si Karstus logra persuadir a Arthia de que sea su esposa, no necesitará entrarla en palacio, sino que la presentará como si ella hubiera tomado la decisión sin salir de allí, con lo que eliminará las posibles sospechas sobre un secuestro.

—Incluso puede alardear de ser él quien la rescató, culpándonos a nosotros del rapto —apuntó Chyver.

—Conociéndole, no me extrañaría en absoluto.

Chyver se puso en pie.

—Bien, creo que ya tenemos las respuestas que necesitábamos —dijo.

Y, en aquel momento, se oyeron gritos en el exterior.

—Ya se han enterado de que hay intrusos —dijo Slinia, aterrada.

Chyver miró hacia la puerta.

—Está cerrada —exclamó.

—Pero el comandante de la guardia tiene una llave de

repuesto.

—Bien, en ese caso, escaparemos por otro sitio. Tenemos tiempo, porque el oficial de guardia tiene que despabilarse aún e ir a buscar su segunda llave. Ven, Slinia.

La joven corrió tras Chyver, quien, al llegar al cuadro de mandos del sistema de refrigeración, le asestó un tremendo golpe con el cabo de la lanza. Luego, invirtiendo el arma, arrancó una de las rejillas.

—Sígueme.

El tubo era de gran diámetro y trazado ascendente. Una vez en su interior, Chyver colocó la rejilla nuevamente en su sitio.

Casi en el mismo instante, oyeron gritos dentro del edificio:

—¡No están!

—¡Han conseguido escapar!

—Pero eso es imposible; sólo hay una entrada...

Chyver sonrió al advertir el desconcierto de los guardias. En silencio, se arrastró por el tubo y a los pocos momentos llegaba a su final, seguido siempre por la muchacha.

La lanza le sirvió nuevamente para hacer saltar la tapa exterior. Pero, al asomarse, vio que la distancia al suelo era excesiva, unos quince metros.

—No podremos saltar —dijo Slinia.

—Eso ocurriría si no tuvieras a tu lado a un hombre de recursos inagotables —rió él suavemente.

Tanteó las paredes del tubo, hallando en su interior un reborde circular a pocos centímetros de la boca.

Agarró la lanza y partió el palo con las manos, dándole a uno de los trozos el diámetro del conducto. Luego encajó el trozo de lanza delante del reborde.

Acto seguido, se deslió de la cintura el ronzal del caballo, que había llevado consigo a prevención. Era una precaución, que había tomado al escuchar a Slinia sus informes sobre la supercomputadora y el edificio en que estaba guar-dada.

El trozo de cuerda que tenía consigo medía diez o doce metros. Sería suficiente, se dijo, mientras ataba un extremo del palo.

A continuación, se dejó resbalar hasta el suelo. Slinia bajó

seguidamente y él la recogió en sus brazos cuando la muchacha se había quedado suspendida del extremo de la cuerda, a tres metros del suelo.

Todavía con Slinia en los brazos, la miró sonriendo y luego la besó.

—Randy, éstos no son momentos para efusiones —dijo ella, muy colorada.

—Estás en mis brazos. Es una ocasión que Rúspoli no desaprovecharía jamás.

—¿Acaso no sabes otra cosa que mencionar a ese salvaje? —exclamó Slinia, muy irritada—. Ese nombre no se te cae de la boca...

—La culpa no es mía precisamente —replicó él—. Y todavía puedes dar gracias de que mi mente domine los perversos sentimientos de Rúspoli; al cabo del tiempo, siento que muchas de las malas inclinaciones de ese personaje se van alejando.

—Me estremezco al pensar qué hubiera ocurrido de haberte aliado con Karstus.

—Yo también. Confieso que, en el primer momento, iba a su casa con ánimo de luchar contra él, fingiendo estar a su lado, además de buscar la configuradora. Pero no sé qué habría pasado si su maligna influencia hubiese actuado constantemente sobre mí.

—Nada de eso ha sucedido, afortunadamente.

—Porque alguien, de carácter enteramente opuesto al de Karstus, ha estado de continuo a mi lado.

Slinia le miró sorprendida. Pero no tuvo tiempo de decir nada, porque la mano de Chyver se cerró sobre su muñeca y se sintió arrastrada en la oscuridad.



El caballo hexápodo quedó libre a prudente distancia de la ciudad. Cubrirían a pie el resto del trayecto.

—A la noche —decretó Chyver—. No podemos ir al palacio durante el día.

—Quizá Karstus haya dado órdenes severas a la guardia. A estas horas ya está enterado de lo sucedido en el edificio de la supercomputadora.

—No me extrañaría en absoluto.

—Pero tú encontrarás algún medio de entrar en el palacio con pleno éxito —dijo Slinia, no sin cierto sarcasmo—. A fin de cuentas, Rúspoli soluciona siempre todos los problemas.

—Menos el último, en que Banders gana siempre.

—Pero Karstus es menos listo que tu héroe.

—¡Hum!—dudó Chyver—. Esto es realidad y no ficción; y las cosas, en la realidad, no siempre resultan como uno quisiera.

Era de noche cuando entraron en la ciudad. La urbe ofrecía un aspecto discreto, muy distinto del de las ciudades terrestres. Pero ello era conveniente para los planes de Chyver, a quien deseaba el máximo de discreción en todo momento.

Algunos se volvían al ver la escasa indumentaria de la joven, pero, en general, no llamaron la atención. Sin prisas, se acercaron al palacio, en cuyas proximidades descansaron unos momentos, antes de emprender lo que Chyver denominaba asalto final.

Cerca de la medianoche, salieron dos sujetos por la puerta principal. Chyver los reconoció en el acto.

—Hombre —murmuró—, creo que esa pareja va a facilitar mucho mis planes.

Y, resuelto, se acercó a Thiom y a Duhur.

—No me conocéis, ¿verdad, muchachos?

CAPÍTULO XIV

Los uhlhumitas se quedaron asombrados al escuchar aquella pregunta. Duhur fue el primero en reaccionar.

—¿Quién eres? —preguntó.

Chyver sonrió.

—Ahora no me conocéis, claro —dijo—. Pero hace algún tiempo, tú pagaste diez «uthos» al conserje de mi casa. En la Tierra, claro.

Duhur respingó.

—Tú eres...

El puñal de Chyver salió a relucir inmediatamente.

—Ni una palabra más o te degüello —dijo—. Y tú, Thiom, si quieres que tu amigo viva, no muevas una sola pestaña.

Los dos individuos, sorprendidos, se quedaron quietos.

—Quiero haceros unas preguntas —manifestó el terrestre —, Por vuestro bien, espero que seáis sinceros. ¿Entendido?

—Sí —contestó Duhur, muy impresionado por el severo aspecto del colosal individuo que tenía a su lado.

—¿Estás con Karstus?

Duhur hizo una mueca.

—¿Qué otro remedio nos quedaba? —contestó.

—¿Thiom?

—Pertenecíamos a su guardia personal. Debíamos obedecerle.

—En la Tierra mencionasteis una vez el Gran Gobernador. Nunca oí el nombre de Karstus.

—Era la clave que empleábamos para referirnos a él —explicó Duhur.

—Bien, creo que conocéis, en buena parte, las intenciones de Karstus. Pero me parece que habéis elegido el bando equivocado.

—Karstus asegura que será el Supremo Director —dijo Thiom.

—Está vendiendo la piel del oso antes de haberlo cazado.

¿Adónde ibais ahora?

—Habíamos terminado nuestro turno de servicio, señor —contestó Duhur.

—Karstus está en palacio. ¿Habéis visto a Arthia?

—No, pero...

Thiom era el que había hablado y se mordió los labios, como si no quisiera ser más explícito.

Chyver sonrió.

—Pero Arthia está con Karstus —completó la frase no pronunciada.

—Así es —reconoció Thiom de mala gana.

El terrestre hizo un ademán.

—Slinia, acércate y di a estos tipos qué ganarán si se ponen de nuestro lado —dijo.

La joven abandonó su escondite, unos arbustos próximos, y se acercó al grupo. Después de mirar con fijeza a los dos esbirros, exclamó:

—Conseguiréis que se olvide vuestra traición. Pero en caso contrario, os arrepentiréis durante vuestra vida. No digo más; y creo que habéis entendido.

Thiom y Duhur se consultaron con la mirada. El primero, un tanto servilmente, dijo:

—A veces, es necesario saber cuál es el momento adecuado para cambiar de bando.

—Estamos dispuestos a obedeceros —añadió Duhur.

—En tal caso, quiero vuestras pistolas —exigió Chyver.

Los esbirros obedecieron sin replicar.

—Ahora —ordenó Chyver a continuación—, volveréis a la puerta y diréis que habéis olvidado algo, cualquier cosa, la excusa que se os ocurra, salvo in-tentar traicionarnos, porque no viviréis para contarlo. Quiero que la guardia nos abra; del resto me encargaré yo. ¿Comprendido?

—Sí, señor —contestó Duhur.

—Y luego nos acompañaréis: si vuestra conversión es sincera, tendréis que demostrarlo con algo más que con simples palabras. ¡Vamos!

Duhur y Thiom dieron media vuelta y se acercaron al

portón. Chyver y la joven corrieron a situarse en uno de los lados.

Duhur llamó. Alguien, a través de una mirilla, le preguntó qué deseaba.

—Volvemos adentro —manifestó Duhur con voz neutra—. Hemos pensado que Karstus puede necesitarnos y si nos llama, estaremos listos en unos instantes, en lugar de tener que acudir desde la ciudad.

«*Buen pretexto*», aprobó Chyver mentalmente.

—Está bien —dijo el cancerbero.

Y abrió la puerta.

Era un enorme portón, que se deslizaba sobre carriles, por un mecanismo eléctrico, no se trataba de las puertas que, en las historietas, Rúspoli acostumbraba a derribar de un simple puñetazo. Por tanto, Chyver tuvo que aguardar hasta que se produjo el espacio suficiente para irrumpir al otro lado, con las pistolas en las manos.

—¡Quietos todos! —ordenó—. Si alguno se mueve, puede considerarse muerto.

Los guardias, asombrados, no pudieron reaccionar. Pero, además, Slinia intervino de un modo peculiar.

—¿No me reconocéis? —exclamó.

La confusión se apoderó de los guardias. En aquel momento, el oficial acudió a la carrera.

—¿Qué pasa ahí? —gritó.

Chyver le apuntó con una de sus pistolas.

—Levante las manos —dijo.

El oficial se detuvo en seco.

—Señora... —balbuceó, dirigiéndose a Slinia.

—¿Dónde está Karstus? —preguntó ella.

—Arriba, en su departamento...

—¿Has visto a Arthia?

—No, señora. Pero tengo órdenes de Karstus...

—Cualesquiera que sean esas órdenes, quedan canceladas de inmediato —dijo Slinia secamente.

—Sí, señora... Pero si me permites hablar...

—Por supuesto —accedió ella.

—Karstus es el Supremo Director, señora.

—¿Cómo?

—Arthia ha abdicado en su favor. He sido testigo de la ceremonia.

—Acabas de decir que no has visto a Arthia. ¿Cómo se entiende eso?

—Es que..., el primer ministro Sphanor ha leído el acta de abdicación, firmada por Arthia, según ha manifestado. Había otros ministros y...

—Arthia no ha abdicado —cortó Slinia con inusitada severidad—. En todo caso, el acta y la ceremonia forman parte de una impostura desvergonzada, condenada al fracaso de inmediato.

El oficial se sentía sumamente confuso. Slinia se volvió hacia su acompañante, con objeto de pedirle consejo.

—Randy, ¿tienes algo que decir? —consultó.

—Simplemente, además de pedir el paso libre, que nadie de los que quedan aquí advierta a Karstus de nuestra presencia —recomendó el joven.

—¿Lo has oído? —se dirigió Slinia al oficial.

—Sí, señora.

—Y añadiré otra cosa: con tu vida me respondes del cumplimiento de esa orden —dijo Chyver.

—No habrá avisos —aseguró el oficial.

Chyver agitó la mano.

—Vamos, Slinia —dijo.

Echaron a correr, seguidos de Duhur y Thiom, quienes se daban cuenta de que los vientos cambiaban de dirección. Momentos después, llegaban al pie de uno de los muros del edificio.

—Las ventanas del departamento de Karstus están allí —indicó Slinia.

Chyver se deslizó una veintena de metros a su izquierda. El departamento señalado estaba en el tercer piso.

Eran unos pisos bastante altos. La distancia al suelo no era menor de quince metros.

—¿Por qué no usar la puerta? —se extrañó Slinia.

—El efecto de sorpresa ayuda mucho a ganar una batalla —contestó él.

De repente, vio un árbol delgado y recto, situado a diez o doce metros del palacio. Chyver se dijo que aquel árbol de extrañas formas, cuya delgadez era la característica más sobresaliente, podía servir muy bien para sus fines.

Con agilidad singular, trepó por el tronco hasta unos diez metros del suelo. Ató allí la cuerda, que luego dejó caer, y a continuación ascendió unos metros más, hasta situarse a nivel de la ventana deseada, con objeto de tomar un punto de referencia.

Sacó el cuchillo y lo clavó en el tronco. Inmediatamente, se dejó deslizar al suelo.

—Vamos, chicos, echadme una mano.

Los tres hombres tiraron de la cuerda, haciendo curvar el tronco, hasta que la copa casi rozó el suelo. Entonces, Chyver ató el extremo de la cuerda a la base del tronco de un árbol cercano.

—Es una locura —dijo Slinia, que comprendió las intenciones del joven.

Chyver sonrió.

—A Rúspoli le saldrá bien —alegó—. Actuó así en *«Un desierto en el espacio»* y estuvo a punto de vencer a Banders.

—Me da miedo...

Chyver saltó a la copa del árbol y se situó en el punto marcado en el puñal, que desclavó a continuación.

—Duhur, corta la cuerda cuando te lo indique —ordenó.

—Sí, señor.

Chyver se colocó en la postura indicada. De pronto, se echó a reír.

—Si sale mal, me estamparé contra la pared —exclamó. Inspiró con fuerza y añadió—: ¡Duhur, corta!

La cuerda era más fuerte de lo que parecía y Duhur tenía poca práctica en el manejo del cuchillo. Mientras, arriba en la habitación, Karstus discutía con Rutts y el jefe de su guardia, capitán Adsir.

—El terrestre escapó del lago de Cristal, contra lo que

creíamos —decía en aquellos momentos—. Es preciso rastrear la ciudad hasta dar con él y matarlo sin más demora.

—Será difícil, señor…

—Supremo Director —corrigió Karstus arrogantemente.

—Sí, como tú órdenes.

La habitación era grande, espaciosa, y había en ella dos enormes máquinas. Tendida en un diván, con rostro estupidizado, se hallaba una hermosa mujer de rubios cabellos.

Karstus la miró casi con desprecio.

—Ya no es nadie —dijo—. Y aunque es muy guapa, nunca me gustó del todo. Pero ahora soy el Supremo Director y puedo escoger a la mujer que más me guste, para fundar la dinastía de los Solff.

En aquel preciso instante, sonaba abajo una orden:

—¡Duhur, corta!

El filo del cuchillo hizo al fin su labor y el árbol se distendió. Con la respiración en suspenso, Slinia contempló cómo se enderezaba el tronco y luego, por el efecto de catapulta, salía disparado un cuerpo humano contra la ventana deseada.

Por un instante, temió que Chyver se estrellara en el muro. Pero casi en el acto, sonó un estrépito terrible.

Lanzado como un obús, Chyver atravesó la ventana y penetró en la estancia con terrible ímpetu.

CAPÍTULO XV

Era una masa de ciento diez kilos la que había sido proyectada por la improvisada catapulta. En el final de su vuelo, Chyver alcanzó el cuerpo de un hombre, atropellándolo con indescriptible violencia.

Rutts salió proyectado contra una de las máquinas. El impacto resultó tan fuerte, que la puerta se hundió. Vivos chispazos, acompañados de una nube de humo, brotaron inmediatamente de aquel lugar. Rutts se retorció un poco y luego se quedó inmóvil.

Karstus y Adsir se sentían atónitos por la inesperada irrupción del terrestre en el espacio, sin comprender en absoluto cómo lo había conseguido. Adsir, sin embargo, fue el primero en reaccionar, y sacó su pistola disgregadora.

Desde el suelo, Chyver disparó una de las que había llevado consigo. Adsir lanzó un terrible chillido y luego su cuerpo empezó a convertirse en una horrible masa semilíquida, de color rojizo, que se expandió lentamente por el suelo, una vez cesó la cohesión molecular de los elementos componentes de su organismo.

De pronto, Chyver notó un pinchazo en el brazo, por encima de la muñeca. Sus dedos perdieron la fuerza y la pistola cayó de sus dedos.

Volvió la cabeza. Karstus, con una espada en la mano, sonreía a poca distancia.

El arma era un detalle ornamental, poco efectiva para combatir en un duelo a muerte, pero servía contra un adversario inerme. De la garganta de Karstus brotó una risita de alegría.

—Voy a darme el gusto de matarte pinchazo a pinchazo —dijo.

—¿Los contarás? Un ministro de Finanzas lleva muy bien sus cuentas —contestó Chyver serenamente.

—Ahora soy el Supremo Director —exclamó Karstus

orgullosamente.

—La abdicación no sirve. En primer lugar, se trata de una firma arrancada a la fuerza y, en segundo, ella no es la Suprema Directora.

—¿Qué dices? —rugió Karstus.

—Quítale la cabellera —indicó Chyver serenamente.

Sin perderle de vista, Karstus retrocedió hasta el diván y, con la mano izquierda, dio un fuerte tirón al pelo de la durmiente. Ella no se quejó siquiera.

Karstus lanzó un terrible grito al ver aparecer una cabellera negra. En su mano tenía una peluca perfectamente elaborada, de hilos de oro.

—¡Es Slinia! —aulló.

Y, en el mismo momento, vio que Chyver se arrojaba contra él, con la cabeza gacha. Alzó la espada, pero ya era tarde.

El impacto lo arrojó al otro lado de la habitación, dando volteretas. La espada saltó de su mano.

Chyver se apoderó del acero, antes de que su dueño se recuperase. Pero Karstus era bastante fuerte y se levantó muy pronto. Entonces, la espada voló por los aires y se hundió en su pecho hasta la empuñadura.

La punta asomó un palmo por la espalda. Un ronco aullido brotó de los labios de Karstus, quien se arrodilló de inmediato, con las manos crispadas sobre el puño de la espada.

De pronto, extrañamente, se echó a reír, a la vez que miraba al joven.

—Has vencido, terrestre..., pero ahora..., vivirás siempre con ese aspecto tan repugnante... La configuradora está destruida... Kai-Surh murió y..., yo quemé todos sus planos y apuntes... Nadie sabrá jamás construir otra máquina igual..., porque Kai-Surh no hizo registrar sus planos en..., en la supercomputadora...

Una bocanada de sangre ahogó la última macabra carcajada del sujeto. Karstus se venció hacia adelante, pataleó un poco y se quedó quieto.

Chyver estaba helado de horror. De pronto, se le ocurrió

que Rutts, tal vez, como antiguo ayudante del profesor, podría reconstruir la configuradora.

Pero sus esperanzas se disiparon en un instante. Rutts había muerto.

Inspiró con fuerza. Luego se acercó a la ventana.

Ella esperaba abajo ansiosamente.

—Todo ha terminado, reina Arthia —anunció Chyver, en voz fuerte y clara, con la que pretendía ocultar la decepción que sentía.



Descubierta ya su verdadera identidad, Arthia se quitó la peluca negra. Debajo apareció su pelo rubio, muy corto.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó, mientras el médico de palacio atendía a la verdadera Slinia.

—En primer lugar, por el traslado de las dos máquinas a palacio. Karstus no habría obedecido la orden, de no reconocer la firma como auténtica o, por lo menos, muy bien falsificada. Pero tenía en su poder a la que él creía Arthia y no le importó entregar los aparatos, sabiendo que, a la larga, podría disponer de ellos.

—Sí, yo firmé la orden, de acuerdo con mi hermana.

—Ah, sois hermanas. Creí que se trataba de un simple parecido...

—Por nacimiento, cuestión de minutos, me correspondió a mí el cargo. Pero siempre nos hemos llevado muy bien y Slinia aceptó ocupar mi puesto, mientras yo iba a buscarte. Ella es..., bueno, digamos que tiene un carácter más dulce y pacífico. Menos aventurero, en suma.

—Vamos, que debiste haber nacido chico.

Arthia se encogió de hombros.

—Me conformo con mi sexo —contestó—. Pero todavía no me has explicado cómo averiguaste mi auténtica personalidad.

—Bien, ¿quién sino la SD podía conocer, por ejemplo,

tantos detalles del lugar solitario en donde está la supercomputadora? Y no hablemos cuando Slinia y yo escapamos de la residencia subacuática de Karstus. En todo momento, en la nave que se «*averió*», actuabas tú con pleno mando y autoridad. Por si fuera poco, el oficial de guardia te reconoció y lo mismo les pasó a Thiom y a Duhur. Quizá no supieran identificarte plenamente por las facciones, dado el parecido tan sorprendente que hay entre las dos, pero las voces, me imagino, son muy distintas, y ellos sí reconocieron la tuya.

Arthia hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, tienes razón —contestó—. Pero ya te he dicho los motivos por los cuales actué yo y no Slinia. Por supuesto, ella aprobó plenamente el plan; era la única forma de derrotar a Karstus.

—El conflicto se ha solucionado. —Chyver rió amargamente—. Y pensar que me trajeron aquí para que dibujase armas nuevas que luego se iban a materializar por medio de una máquina…

Ella puso cara triste.

—Lo siento, Randy —dijo—. Si pudiera hacer algo en tu favor… Pero Karstus dijo la verdad; no hay otra configuradora y tendrás que vivir siempre con el aspecto de Rúspoli.

—Todo es cuestión de acostumbrarse —contestó él filosóficamente.



Días más tarde, un ayudante anunció a Arthia la visita del terrestre.

—Que pase —accedió ella inmediatamente.

Chyver entró en la cámara. Arthia lanzó un grito de sorpresa.

—¡Randy! ¡*Has recobrado tu aspecto original!*

—Sí —contestó él lacónicamente.

Las ropas eran distintas de las que Chyver usaba

corrientemente en su pla-neta, pero la figura era idéntica a la que poseía antes de convertirse en Rúspoli físicamente. Incluso usaba sus antiguas gafas.

—No..., no comprendo cómo lo has conseguido... La configuradora se destrozó en el combate...

—Y Rutts murió en el choque, bien mirado, es una justicia poética —sonrió él.

—Por favor, explícame el misterio —rogó Arthia—. No se me ocurre nada para conocer...

—Es bien sencillo: el materializador quedó intacto y funciona.

—Pero sólo materializa objetos...

—Porque no habéis probado con las personas. Ni lo podréis hacer; lo he destruido apenas recobré mi viejo aspecto.

Ella estaba atónita. Chyver continuó:

—De pronto, se me ocurrió dibujarme tal como era antes de convertirme en Rúspoli. Es de justicia reconocer la ayuda que me prestaron Duhur y Thiom, ansiosos de perdón. Bueno, al mismo tiempo que yo me materializaba con mi antiguo cuerpo, Rúspoli desaparecía, también pintado previamente, bajo una capa de pintura blanca. El dibujo mío y el borrador de Rúspoli fueron introducidos en el materializador. Me dormí..., y cuando desperté era ya como siempre he sido.

Arthia le contempló extática, con las manos juntas.

De pronto, exclamó:

—Randy, ¿por qué no se te ocurrido pintarte como Banders?

—Simplemente, porque mi cuerpo, tal como es, me ha gustado siempre mucho. Banders no es más que un héroe de ficción, que no podría vivir bien una existencia tranquila, mesurada, de cierta agradable monotonía... No es un hombre hecho para ser esposo y padre de familia, simplemente.

—Pero tú eres soltero —alegó Arthia.

—Algún día me casaré. Y ahora, ¡adiós!

Ella se puso en pie de un salto.

—¿Adónde vas? —exclamó.

—A la Tierra, claro.

—No te irás solo, Randy.

Chyver la miró fijamente.

—Tú quieres a Banders —dijo.

Ella se le acercó y le puso las manos sobre los hombros.

—Te quiero así…, y me alegro enormemente de que hayas sabido tomar una decisión al recuperar tu aspecto original, lo que me dice que eres un hombre de firmes convicciones. Ese es el hombre que yo deseo para esposo, para vivir una existencia tranquila, mesurada y…, de cierta agradable monotonía.

—Pero tu puesto está aquí, en la Suprema Dirección…

—Yo sí puedo abdicar en mi hermana. Ella ocupará ese puesto tan bien como yo, y más ahora que la tranquilidad ha vuelto a Uhlhum.

—¿No te arrepentirás, Arthia?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Me arrepentiría de no acompañarte a la Tierra —contestó.

Y le besó con súbito impulso, pero, de pronto, lanzó un grito de sorpresa:

—¡Eh, Randy, ahora eres tan alto como yo!

Chyver sonrió, a la vez que guiñaba un ojo maliciosamente.

—Bueno, me devolví a mi aspecto anterior, pero siempre había lamentado no ser un poco más alto, así que hice una pequeña trampa y…

Ella rió argentinamente.

—Es la mejor de todas tus trampas —declaró, feliz.

FIN